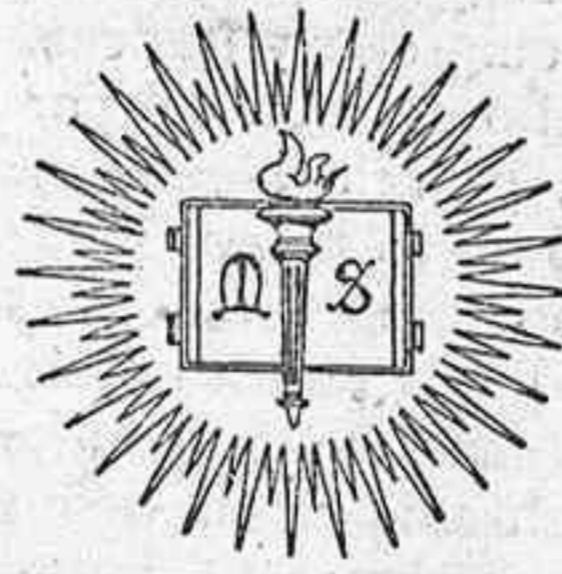


La Ilustración Artística



AÑO XXX

BARCELONA 13 DE NOVIEMBRE DE 1911

NÚM. 1.559



SERRANO, cuadro de Fernando Cabrera

El laureado pintor Fernando Cabrera nos ha ofrecido hoy ocasión de poder dar á conocer á nuestros lectores otra de sus interesantes producciones verdaderamente arrancada del natural, cual es el vigoroso tipo de un *Serrano* tal y como se encuentra en las serranías castellanas, para cuya representación tanto se presta el temperamento del artista y la admirable gama que se amasa en su castiza paleta

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *Hijos de viuda*, cuento de Enrique Sebille. — *Monumento á Munkacsy*. — *España en Marruecos*. — *Guerra de Italia contra Turquia*. — *Bronce artístico de L. Coullaut-Valera*. — *D. Salvador Giner*. — *Concurso de aviación militar en Reims*. — *El general D. Diego de los Ríos*. — *El enigma de la calle de Cassini* (novela ilustrada; continuación). — *La Hispano-Suiza en la cuesta*. — *Barcelona. Inauguración de una cantina escolar*. — *Barcelona. Exposición de crisantemos en los salones de la casa Reig*. — *Madrid. VI Congreso Nacional Odontológico*.

Grabados.—*Serrano*, cuadro de Fernando Cabrera. — Dibujo de Mas y Fondevila que ilustra el cuento *Hijos de viuda*. — *Monumento á Munkacsy*, obra de E. Telcs. — *El actor alemán Federico Kaissler en el papel de «Fausto»*. — *Retrato pintado por Ramón Casas*. — *España en Marruecos* (tres fotografías). — *Guerra de Italia contra Turquia* (diez fotografías). — *Bronce artístico*, obra de Coullaut-Valera. — *El aviador Juan Desparmet*. — *El compositor D. Salvador Giner*. — *Excmo. Sr. D. Diego de los Ríos, capitán general de Madrid*. — *La Hispano-Suiza en la cuesta. Grua, vencedor*. — *Barcelona. Cantina escolar*. — *Exposición de crisantemos*. — *Madrid*. — *VI Congreso Nacional Odontológico*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

En la prensa antillana se ha agitado estos días la cuestión de la probidad de algunos gobernantes, y con tal motivo se ha hablado y escrito largo y tendido acerca de esta cuestión, planteándola crudamente respecto á cuantos ejercen ó ejercieron poder, sean monarcas, sean presidentes de República.

Se arguye que es difícil realizar negocios fabulosos dentro de los sistemas constitucionales; y al demostrarse que cabe realizarlos, la demostración, muy en primer término, iría contra el régimen, que ni aun esto garantiza. Si dudásemos de que, en el fondo, no cambian los tiempos tanto como parece, nos persuadiría el ver resurgir la vieja acusación ciceroniana, la que fué, es y será arma política desde Roma hasta hoy, y que, no lo niego, rara vez se ha probado de un modo inequívoco, pero flota como sombra ó niebla turbia alrededor de tantos personajes históricos y de tantos episodios de la vida administrativa, la más importante acaso.

Nadie ha olvidado el Panamá francés; nadie ignora bajo qué sospechas, ó mejor certezas, no ya de concusión, sino de robo franco, cayó el Directorio, menos detestable, pero más impuro y corrompido que el Terror; nadie desconoce los escándalos de la concusión en Inglaterra; y por lo tanto, nadie habrá de sorprenderse, si esas Repúblicas que van formando poco á poco su conciencia nacional, ven por doquiera defraudaciones y negocios ilícitos, y acusan, por turno, á los presidentes que caen, que fallecen ó que han cumplido su período de mando legal y lo abandonan. Los herederos de Estrada Palma han tenido que demostrar que la fortuna del presidente le pertenecía desde mucho antes de ejercer el cargo. Porfirio Díaz llegó á ofrecer un cheque por valor de cuanto se le acusaba de haber defraudado, al que le probase la defraudación. En los Estados Unidos se está depurando ahora una acusación de peculado por valor de seis ó siete millones de duros, una bicoca, como se ve. No son los países de la vieja Europa solamente los que tienen algo que huele á podrido, algo que convendría sanear.

Que la política, por lo común, es oficio en el cual gana la hacienda, mal pudiera negarse. Yo doy de barato que no cometan irregularidades los políticos, ó al menos la inmensa mayoría. Pero ahí están los hechos. Entre los que se dedican á la política, hay personas de muy modesta posición. Lentamente, y en ocasiones aprisa, aquel sujeto que nada poseía, excepto una carrera, aparece con un caudal respetable, que va aumentando, á remanso, como quien no hace nada. No cabe decir que sea por malos medios: no: las cosas no son así: son de otra manera. Sin cometer delito alguno, como se dispone de recursos de influencia, relación y amistad, la situación mejora. Milagros de esta naturaleza no los hace ningún santo, y alguna racional explicación ha de tener el incremento misterioso y la prosperidad continua. A otros mortales no les crece la bolsa; al contrario: los tributos, siempre en aumento, la estrujan y reducen. ¿Quién no ve lo ocurrido con el impuesto de Consumos? Se ha embrollado de tal suerte, que se paga mucho más, y las subsistencias (como hasta la saciedad se viene repitiendo), cuestan igual; la vida no es menos cara, ni para el rico, ni para el pobre. Con la mayor naturalidad acaba de decirme el secretario del Ayuntamiento de la villita más próxima á mi residencia: este año, pagarán los labriegos doble de lo que pagaban por consumos. Eso sí: tendrán el gusto de que la contribución se llame de «utilidades.» Y siempre eso consuela. Da idea de que hay algo útil en nuestra vida.

Así pues, mientras diaria y suavemente se redon-

dean algunos políticos, se exprime más y más el limón de las contribuciones, y la gente emigra: tres mil personas en un día solo. Y yo sigó creyendo que los políticos no cometen ilegalidad alguna; que es la misma fuerza natural de las cosas, la situación de que disfrutan, la que les arregla, por decirlo así, el problema económico, que para otros se desarregla, y la que hace crecer, como masa con levadura, sus rentas, capitales, empresas y tráfico.

Nada hay en ello de ilícito, ó por lo menos, (sin negar que pueda haberlo alguna vez), confesemos que generalmente no lo habrá. Dentro de lo permitido queda ancho campo. ¡Son tantas las proporciones y facilidades que la política otorga! ¡Suda tanto, perdónese el familiarismo, la política! Los sueldos, por ejemplo; he ahí una fuente de ingresos bien clara, honesta. Se acumulan; un solo individuo disfruta de tres, cuatro, hasta de una docena. Cómo puede ser, lo ha dicho la prensa muchas veces: sueldos compatibles. Esto tiene un nombre, gráfico, gracioso: á tales sueldos llaman *brevas*. También se conocen por *momios*. Se habla de eso sin enojo, humorísticamente. Nadie lo lleva á mal. Es ya cosa admitida.

Como para todo se encuentran teorías á mano, la historia tiene una: la de la adquisición de fuerza que el dinero representa, y se impone á los que han menester, para mandar, ser fuertes. Ahí está, Napoleón Bonaparte, que, (como sabemos fidedignamente por *Madama Sans Gêne*, ó sea, en castellano, *Madama que se me da á mí*), no tenía, en los comienzos de su bonita carrera, con qué pagar las cuentas del lavado y planchado de su ropa blanca, salió de la aventura europea en que se metió, con una buena porra de millones. Claro que tuvo su lista civil; sin embargo, no debió de limitarse á eso. Era *fuerza* lo que necesitaba, y la adquirió. Cada vez, por desgracia, va el dinero definiéndose más como fuerza. Napoleón lo sabía.

No creo que llevase el mismo objeto el pacífico emperador del Brasil, del cual se afirma que abandonó el trono teniendo muy colmadas las faltriqueras. En cambio, otros reyes destronados podrían, (si no les faltase esa fuerza almacenada), conspirar un poco. Acaso la tentativa de restauración monárquica de Portugal se ha ido al foso por falta de dinero. Ya sabemos la opinión del Corso: el dinero es el nervio de la guerra, y de las conspiraciones también. Sin dinero, no hay idea, no hay principio, no hay opinión, no hay aspiración moral que cuaje. Los *contos de reis* eran indispensables para que marchase el plan. Y acaso no los tiene de sobra el joven D. Manuel, ni los interesantes príncipes de Braganza.

Volviendo á los políticos, ellos gozan de privilegios singulares. En lo económico, mil modos de valerse, sin que de ningún Panamá se trate; en lo social, no hay gente más halagada; desde los viajes gratuitos y los *breaks* de Obras públicas siempre á disposición, hasta los banquetes suntuosos y los obsequios como de príncipes, todo se les brinda, todo se les prodiga, lo mismo que si los países les debiesen prosperidad y abundancia en lo interior, y mucho brillo y gloria en lo exterior. Y, por si no bastase, se les consagran estatuas y monumentos, lo mismo que si, dentro de veinte años, alguien hubiese de acordarse de sus nombres...

Se quisiera, encima de todo, regalarles fama póstuma. Y eso sí que no se logrará, salvo algunas, bien contadas excepciones. Hemos llegado á un período curioso: al de las estatuas anónimas. El mármol que Grecia consagró, primero á los Dioses, luego á los Héroes que todavía, ahora, invocamos por modelo de altísima significación histórica y espiritual, nosotros, generación menguada, lo dedicamos á los que tuvieron en el Congreso un grupito, ó ni aun eso tuvieron, sino una tajadilla de presupuesto, que ofrecer para cualquier necesidad material de una población...

Comprendo que estas consideraciones revisten un tono pesimista. Y sin embargo, materia es la tratada en que lo mejor siempre se queda en el tintero. Prefiero pasar á otro capítulo.

Al capítulo de piratas...

La piratería es cosa que no encaja en la vida contemporánea, por más que aun existe muy decaída de su antiguo esplendor, en ciertos mares y en ciertas latitudes; acabo de leer que unos piratas salvajes apresaron á unos marineros y se los comieron, no sé si en salsa, y más bien creo que al asador sencillamente. Porque en nuestro abigarrado planeta, en el actual momento de la evolución humana, subsisten, al lado de las sociedades benéficas y las corrientes misericordiosas, auténticos antropófagos. El antiguo rito se cumple en diversos países del globo, y un escritor anarquista de talento, Carlos Malato, al tocar este punto en sus descripciones de la Nueva Caledo-

nia, no manifiesta la menor repugnancia, y encuentra que en la sociedad civilizada hay cosas peores; que vale más nutrirse de los muertos, que matar á los vivos. Como se ve, para todo hay gustos, y ninguna opinión carece de adeptos.

La piratería, antaño, era un oficio lo mismo que otro cualquiera; un poco más arriesgado, pero generalmente lucrativo, y siempre emocionante. Llamábase á sí mismos los piratas «caballeros de fortuna.» De la piratería salieron las marinas de guerra y mercantes de Inglaterra y Holanda, cebadas con despojos de galeones españoles.

Dícese que, de estos caballeros de fortuna, la inmensa mayoría murió en la flor de los años, y en alto lugar: en la horca. Algunos, después de haber echado á pique navíos, pasando á cuchillo sus tripulaciones; de haber entrado á saco en pueblos que redujeron á cenizas; de haber reunido inmensos tesoros, tuvieron que ocultarlos en algún rincón ignorado de la costa, y, sorprendidos por la muerte, no pudieron revelar el secreto á nadie. Las malas hierbas, la densa vegetación de los sitios inhabitados, creció sobre el escondrijo, y sólo una rara casualidad pudiera hacer que apareciesen las riquezas perdidas allí. De esto proceden leyendas, consejos, novelas tan interesantes como *El escarabajo de oro*, de Poe, cuyo héroe es el célebre pirata Kidd, y también sobre esta base se han urdido esos timos del entierro, ya muy pasados de moda.

A esos piratas cuyo objeto era combatir á España en el Nuevo Mundo, los gobiernos de Europa desecios de reducirnos al estado en que por fin nos encontramos ya, les alentaban y protegían. Poco les importaba que cometiesen actos de crueldad espantosa; la crueldad no ha solido preocupar á los gobiernos de esos países que se proclamaban heraldos de la civilización, si convenía á sus intereses. Filibusteros, bucaneros y hermanos de la Costa, gente la más desalmada que se conoce, recibían cartas patentes, la consagración oficial de Francia, Holanda y la Gran Bretaña. Luis XIV, en la expedición contra Cartagena de Cuba, los tomó por auxiliares. Inglaterra fué más allá: les dió títulos de nobleza, los igualó á los Pares del reino. Ejemplos de escrúpulos no suelen abundar en la historia. Carlos II, de Inglaterra, hizo al famoso y sanguinario Testa Roja gobernador de la Jamaica. Se trataba de destruirnos, y eran buenos todos los medios, y útiles todos los hombres.

Los que hablan de nuestros «aventureros» como si fuesen algunos monstruos con figura humana (cuando en realidad eran conquistadores para poblar, para establecer la regularidad social), se callan que los filibusteros, nuestros enemigos, llevaban consigo el espanto; que eran verdaderos enemigos del género humano, y que su pabellón negro, con tibias cruzadas y una calavera, decía bien el espíritu que los animaba, las leyes á que obedecían. Llevaban además en la frente lo que puede llamarse «el signo de la bestia,» la marca horrenda del Apocalipsis: atacaban, despojaban, destruían igual á los buques tripulados por gente de su patria, que á los de otras nacionalidades.

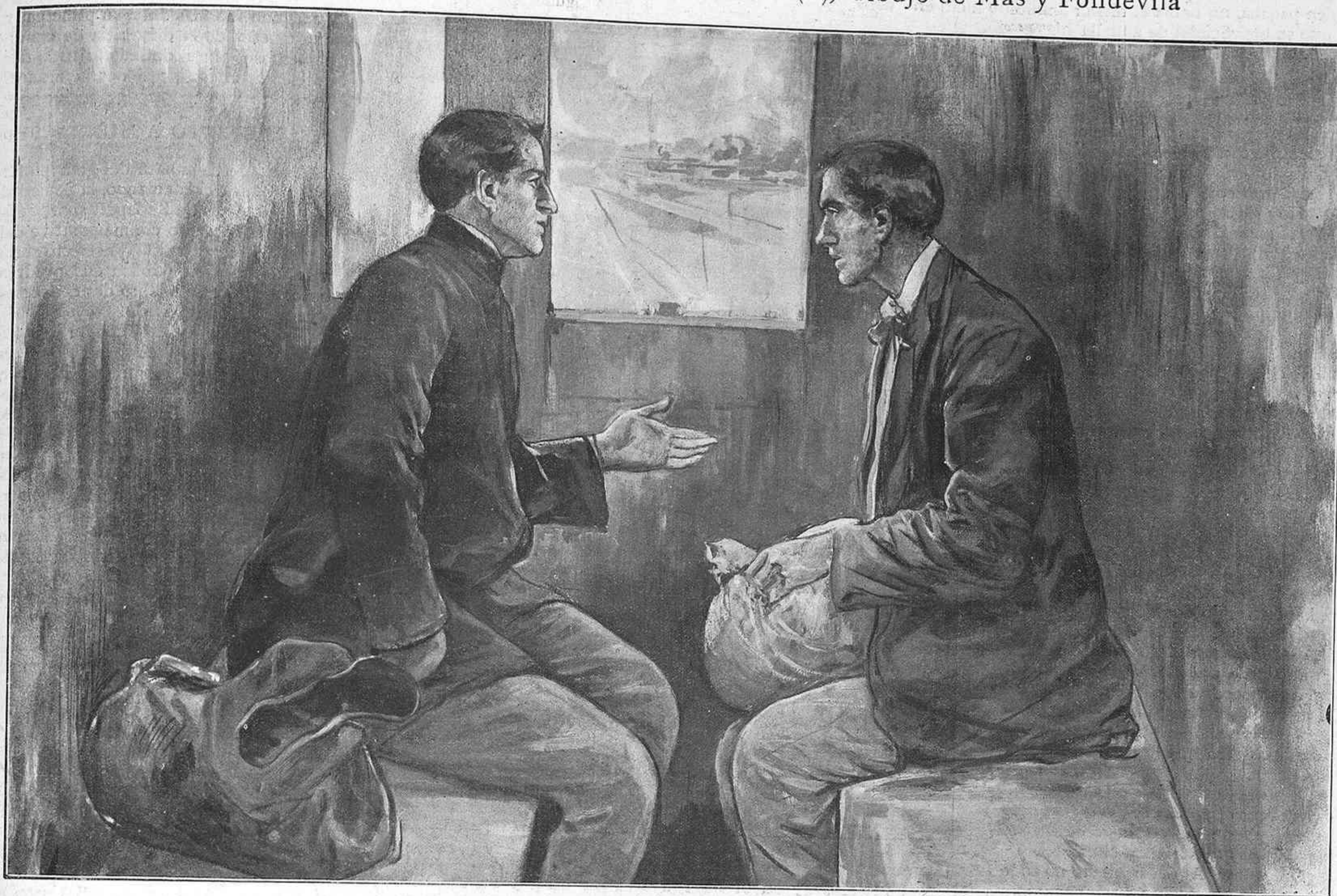
He aquí otra señal de que la política no conoce sino la fuerza. Gobiernos europeos que entregaban al saqueo, al incendio, á las violencias más horribles, las costas del Nuevo Mundo, procedían por móviles políticos. Esgrimían toda clase de armas, porque ninguna es mala, si hiere; es decir, practicaban el sistema de Maquiavelo, que en las puritanas naciones protestantes sería de fijo reprobado verbalmente, condenado con derroche de cristiana y moral elocuencia.

El mundo es así, y así probablemente continuará siendo: en sus grandes líneas, la historia se teje por intereses, rara vez por consideraciones de orden más elevado. La perfidia que se desplegó contra nosotros bajo la Tudor y bajo Luis XIV, sigue desplegándose, por gobiernos que parecen representar un sentido democrático, y hasta, en su pretensión, humano, en los asuntos asendereados de Marruecos.

Nosotros, desde el siglo XVII, en cambio, hemos vivido con excesiva buena fe. No se puede ser así. Hemos desdeñado rechazar ó depurar las acusaciones que se nos dirigían, desde la manida acusación inquisitorial, hasta la del Maine, tan infantil, que se hubiese puesto en claro en un día. Y es que tenemos la convicción de que vivimos la fábula, muy conocida, del Lobo y el Cordero. Yo pienso en esto, al recordar, por asociación de ideas, esos piratas que alguna vez que otra asoman, ya sin barcos, ya sin bandera, con solo el instinto de la rapiña y la sangre, como los salvajes de que antes hablé. El hombre suele ser lobo, como dice el axioma, para el hombre. ¡Ay del que tiene lana blanca y balido dulce!

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

HIJOS DE VIUDA, CUENTO DE ENRIQUE SEBILLE (1), dibujo de Mas y Fondevila



Pablo Bernard y Julio Cloutier habían hecho el viaje en el mismo compartimiento

En el baluarte de La Chapelle, cuando casi todos los reclutas llamados á cumplir el servicio militar entonaban alegres mentalmente las canciones que dentro de poco, en el vagón del ferrocarril, cantarían á voz en grito para engañar la pena que se siente siempre al abandonar á los seres queridos, dos muchachos, venidos cada cual por su lado, habíanse reunido junto á la oficina de reclutamiento sin haberse buscado y sin haber hecho nada para encontrarse.

Los dos estaban tristes y al revés de sus compañeros que se esforzaban por mostrarse alegres á pesar de todo, parecían complacerse en su tristeza y en no querer distraerse de ella.

De aspecto enteramente diverso, el uno con aire más bien de rico y miserable el otro, dijérase que una simpatía común los había mutuamente atraído, y aunque en el primer momento no se habían hablado, harto se veía que no tardarían en hacerlo.

En efecto, al cabo de cinco minutos de examinarse, el que parecía rico dirigió la palabra al otro.

—¿Adónde vas?

—A Chartres, ¿y usted?

El pobre diablo no se atrevía á tutear al que acababa de interpellarle; su porte y su aspecto de gran señor le imponían una reserva que no se explicaba.

—También á Chartres. ¡Qué casualidad! De modo que iremos juntos y que cuando lleguemos allí seremos ya amigos. ¿Quieres que lo seamos desde ahora?

—Con mucho gusto, si á usted no le desagrada.

—Desde el momento que soy yo quien te lo pide...

Conque, entendidos. ¡Ah! Y puedes tutearme, porque en el regimiento todos somos iguales.

Y viendo que el otro le miraba con timidez, añadió:

—Digo, á no ser que esto no te disguste.

—De ningún modo.

—¿Y por qué estás triste?

—Porque mi madre se ha quedado sola y no sé cómo se las compondrá la pobre.

—¿Eres hijo de viuda?

—Sí.

—Yo también y, créeme ó no me creas, pero me he sentido atraído hacia ti porque me ha parecido que los dos nos hallábamos en la misma situación moral; con la diferencia, empero, de que si mi madre se ha quedado sola y profundamente apenada, al menos me consuela la idea de que nada ha de faltarme durante mi ausencia.

—¡Sí, es un gran consuelo!, exclamó el otro, cuya frente se anubló.

—¿Cómo te llamas?, preguntó después de una corta pausa el rico á su compañero.

—Julio Cloutier.

—Y yo Pablo Bernard.

Callaron otro rato y luego Pablo dijo á Julio:

—Si quieres, prescindiremos de nuestros apellidos y no usaremos entre nosotros más que nuestros nombres de pila.

* * *

Una hora después descendieron del tren y á eso de las cinco llegaban á Chartres.

Pablo Bernard y Julio Cloutier habían hecho el viaje en el mismo compartimiento y no sólo parecían mucho más amigos que en el comienzo del viaje, sino que, además, la fisonomía del pobre se había iluminado con una sonrisa.

¿Qué había ocurrido entre ellos para que el recuerdo de su madre, sola y llorando por su partida, no hubiese dejado en el rostro de Julio la huella de una tristeza que por la mañana se veía impresa en él, en señales profundas?

Aislados de los demás, que se mostraban alegres y pasaban el tiempo del viaje lo más ruidosamente posible, Pablo, aprovechando un momento en que sabía que sólo su nuevo compañero podía oírle, había dicho:

—Escucha, me pareces un buen muchacho y mé figuro que quieres mucho á tu madre.

—¡Y tanto como la quiero!

—Yo también adoro á la mía; así es que opino que nos entenderemos perfectamente.

—Y yo estoy seguro de ello.

—Pues bien, ¿me permites que te evite un cuidado?

—¿Cómo?

—Acepta de antemano lo que voy á proponerte.

—No me opongo, pero antes deseo saber de qué se trata.

—Puedes aceptarlo sin temor, porque no es nada deshonesto.

—A pesar de todo...

—¿Aceptas?

—No digo que sí ni que no.

—Qué, ¿eres normando?

—No, soy parisiense.

—Decididamente estamos destinados á entendernos. También yo soy de París y por lo mismo ya no vacilo en hacerte la proposición, que es la siguiente: soy rico; mi madre posee una gran fortuna y no sabe negarme nada... ¿Me comprendes?.. Vas á permitirme que dé á tu madre lo que le dabas tú cuando estabas con ella.

—No, eso no, no lo quiero.

—Pero lo quiero yo. ¿Somos ó no somos amigos? Aparte de que me lo devolverás más adelante, cuando puedas... De manera que no admito que rehuses.

—¿Y si más adelante no puedo devolvértelo?

—Será como si efectivamente me lo hubieses restituido.

Durante una hora, Julio opuso dificultades para aceptar, pero Pablo acabó por convencerle, y ocho días después la pobre viuda de Cloutier recibía en su buhardilla, en donde había vivido aquella primera semana con los sesenta céntimos diarios que ganaba, á fin de no tocar la modesta cantidad que su hijo le dejara, la visita de la viuda de Bernard, quien le llevaba veinticinco francos y le anunciaba para todas las semanas igual pensión.

* * *

Ya en el regimiento y aunque no pertenecían á la misma compañía, Pablo Bernard y Julio Cloutier se habían hecho amigos inseparables.

Apenas terminados los ejercicios y así que tenían un momento de libertad, lo pasaban juntos.

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Société des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

No habían buscado otros compañeros; gustábales estar los dos solos y aunque casi siempre era Pablo quien pagaba, no había el menor ánimo de lucro en el que se beneficiaba de aquella libertad.

Justo es decir, sin embargo, que Julio hacía de cuando en cuando faenas por otros soldados y que las gratificaciones que por ello conseguía las gastaba siempre con Pablo.

Cuando esto sucedía decíale á su compañero rico:

—Hoy pago yo.

Y mientras le quedaba un céntimo, Pablo le dejaba hacer, no para obligarle á gastar su dinero, sino para no ofenderle.

Desgraciadamente Julio no tenía muy buen genio y con frecuencia le arrestaban.

Pablo, que nunca sufría el menor castigo, no tenía entonces á su amigo para salir y se aburría soberanamente; pero no se lo daba á comprender al otro para que no se entristeciese aún más.

Un día, llegó una noticia horrible: la madre de Julio Cloutier había muerto de repente.

Julio, que estaba arrestado, no había podido obtener el permiso que en seguida solicitara á fin de poder asistir al entierro de su querida muerta y ni siquiera había podido comunicar á su amigo la triste nueva.

Abrumado por el dolor, reflexionaba en un rincón del cuarto de arresto sobre lo que podría hacer para evitar que la pobre mujer fuese llevada al cementerio sola, como un perro, cuando la casualidad hizo que le designaran para una faena.

Quiso aprovechar aquella suerte inesperada para pedir á Pablo que se ocupase en el entierro de su pobre madre; pero Pablo no estaba en el cuartel.

¿Qué hacer? Al día siguiente no se le presentaría de seguro otra coyuntura favorable como aquella.

El cabo de guardia estaba de espaldas.

Subir al dormitorio, vertirse, volver á bajar y saltar la pared fué para él obra de un momento.

Tres horas después hallábase en París y cuál no

Después Pablo intentó convencer á Julio de que debía volver al cuartel; pero aquél no quiso hacerle caso:

Julio Cloutier y Pablo Bernard han terminado su servicio militar, y Julio ha entrado en casa de Pablo en calidad de dependiente asociado.

¿Hemos de añadir que jamás empleado alguno fué más fiel á su principal y que á pesar de la diferencia de condiciones los jóvenes continúan siendo dos excelentes amigos, casi dos hermanos?

MONUMENTO A MUNKÁCSY

A raíz de la muerte del gran pintor húngaro, acaecida en 1900, la Sociedad de Bellas Artes de Budapest acordó erigir un monumento conmemorativo del genio del famoso artista, y al efecto abrió una subscripción pública que produjo 40.000 coronas y celebró dos concursos que no dieron resultado.

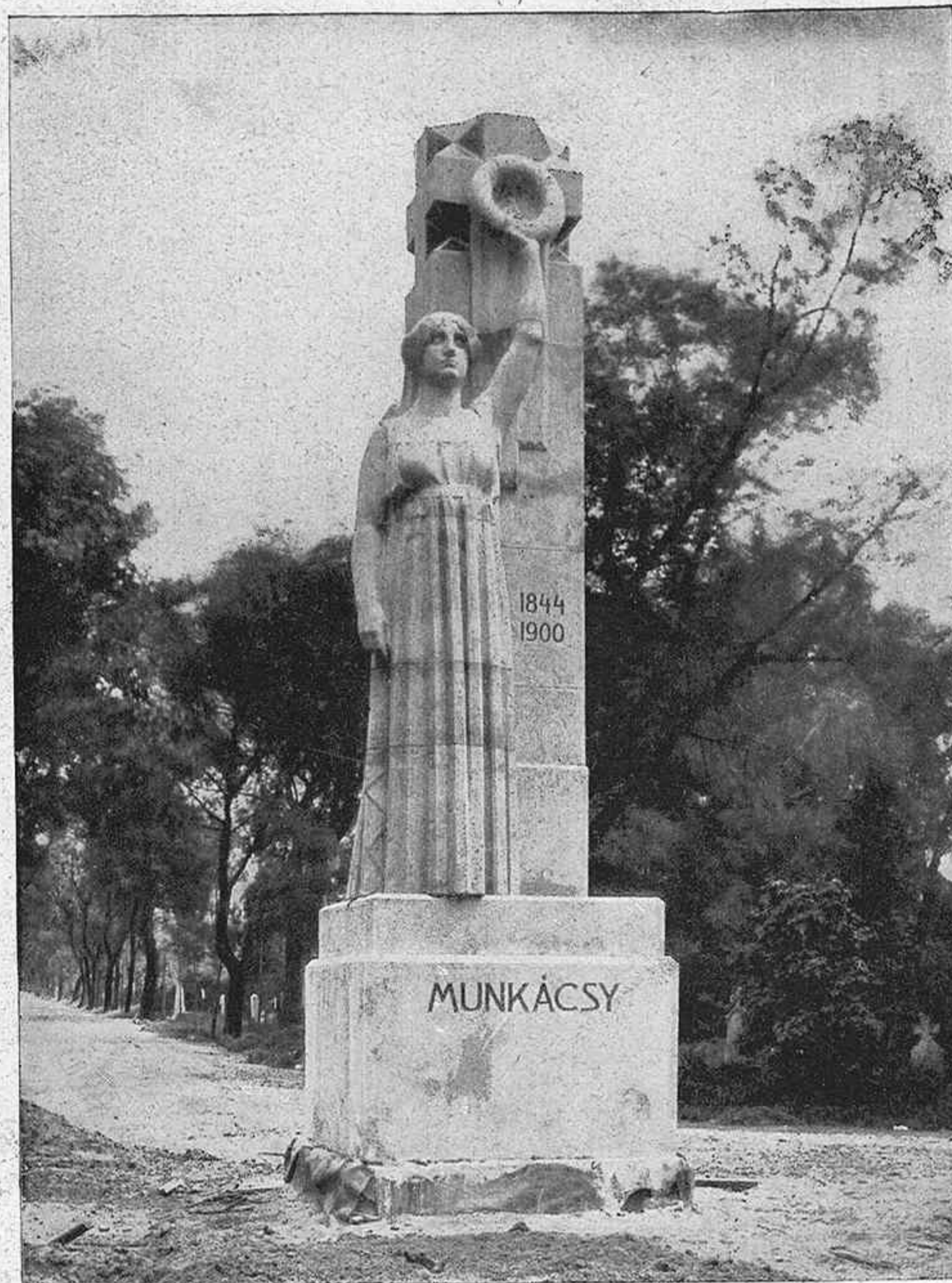
En vista de esto, el comité invitó á un concurso limitado á los escultores Telcs y Ligeti y al arquitecto Lechner, pero habiendo los dos últimos declinado el honor en favor del primero, fué Telcs el encargado de la ejecución del monumento que recientemente se ha inaugurado y que adjunto reproducimos.

Levántase éste en uno de los cementerios de Budapest; el obelisco tiene siete metros de alto y la figura, hermosamente modelada, es de doble tamaño del natural.

RETRATO PINTADO POR R. CASAS

En la exposición recientemente celebrada en el Salón Parés de esta ciudad, destacábase en lugar preferente y atraía desde luego la atención del público el retrato pintado por Ramón Casas que en la siguiente página reproducimos.

Esta obra es una nueva prueba de la maestría con que su autor cultiva tan difícil género. Los retratos de Casas son personajes vivos, parecen mirar, respirar, moverse; en ellos están no sólo sus facciones exactas, sus actitudes propias, sino también los pensamientos, los sentimientos que les caracterizan ó que cruzaron por su mente ó hicieron palpar su corazón en el momento en que el artista los sorprendiera.

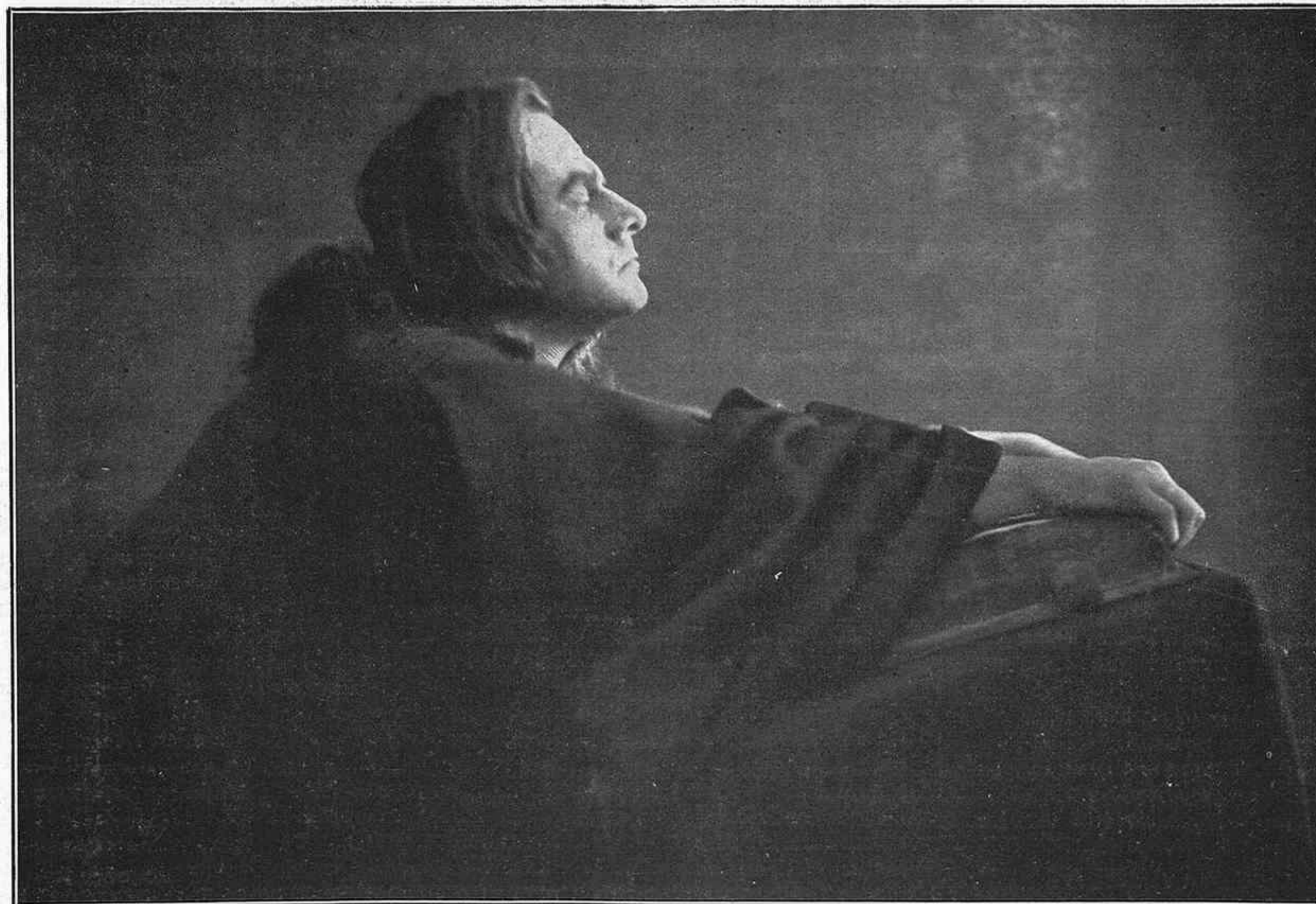


Monumento erigido á la memoria del ilustre pintor húngaro Miguel Munkacsy en el cementerio de Budapest, obra de E. Telcs

—Castigado por castigado, acompañaré á mi madre al camposanto.

Y lo hizo así, porque á la mañana siguiente el coronel, á instancias de Pablo, le envió un permiso

sino también los pensamientos, los sentimientos que les caracterizan ó que cruzaron por su mente ó hicieron palpar su corazón en el momento en que el artista los sorprendiera.



El eminente actor alemán Federico Kaisler en el papel de «Fausto.» (De fotografía de Becker y Maass, de Berlín.)

sería su contento al encontrar, velando el cadáver de su madre, á su amigo Pablo Bernard, quien había pedido una licencia para poder substituir á «su hermano.» imposibilitado de acudir al entierro. Los dos muchachos se abrazaron y besaron con efusión.

por veinticuatro horas, evitándole el castigo en que había incurrido por haber salido estando arrestado.

Han pasado algunos años.

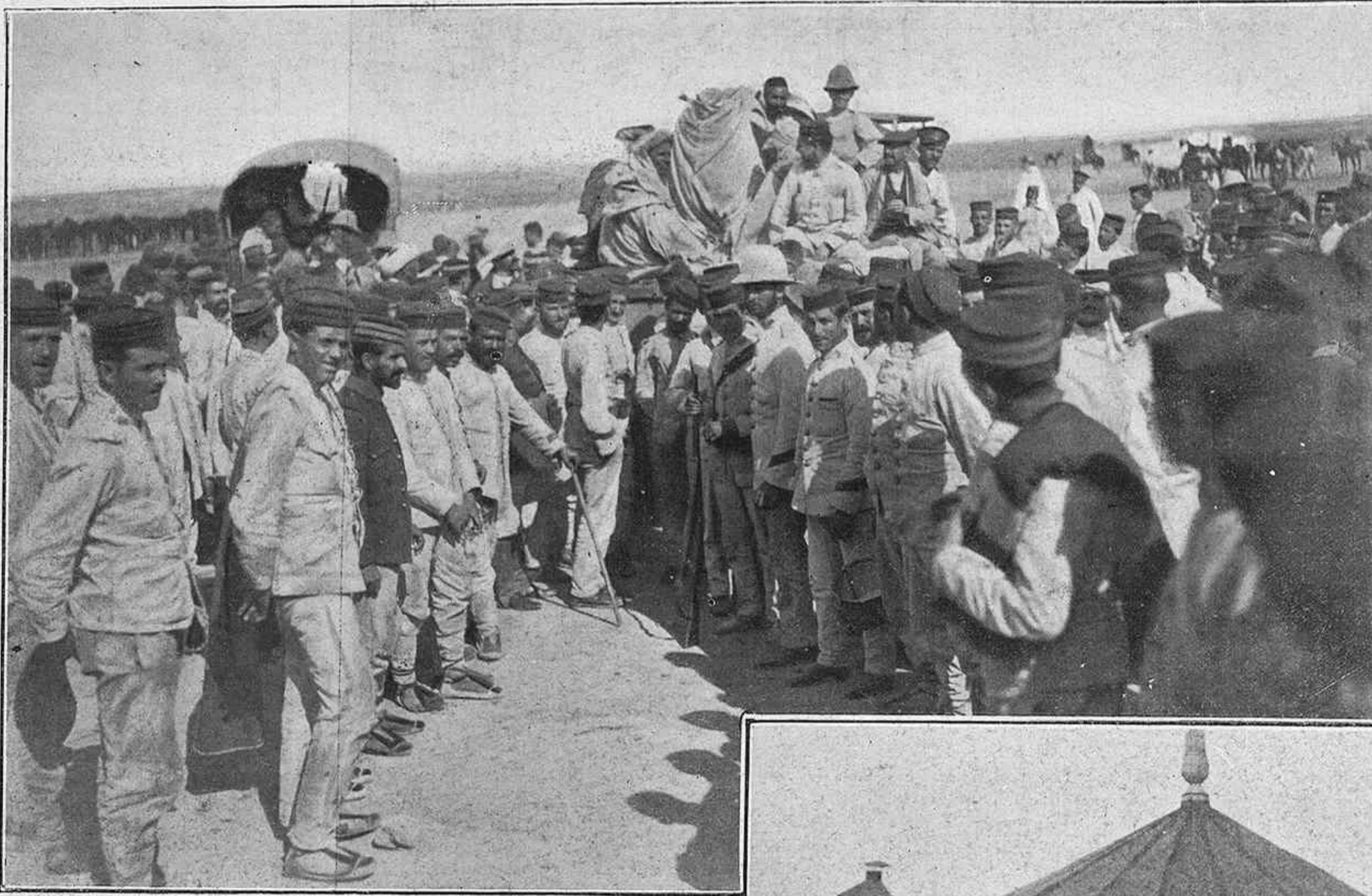
Aparte de esto, tiene este retrato, como todos los de Casas, ese sello de distinción, de elegancia que son la marca distintiva del autor; y técnicamente considerado, es un modelo de corrección de dibujo, de amplitud de pincelada y de armonía de color.

BARCELONA.—EXPOSICIÓN EN EL SALÓN PARÉS



RETRATO PINTADO POR RAMÓN CASAS

ESPAÑA EN MARRUECOS. (Fotografías de Antonio Rectoret.)



Seluán.—Comisión de moros notables de la cabilia de Beni-Bu-Yahi que, en automóvil, se dirige á Melilla para conferenciar con el general Aldave y pedir la paz y la suspensión del avance por sus territorios.

Las noticias de la guerra siguen acusando una relativa tranquilidad, lo cual no quiere decir que de cuando en cuando no ocurran algunos tiroteos sin importancia y algunas ligeras escaramuzas.

Por nuestra parte se efectúan algunas *razzias* en territorios enemigos. Así el teniente Arana, al mando de 200 moros amigos, ha realizado algunas correrías en el interior de la cabilia de Beni-Bu-Yahi, desmoralizando al adversario y apoderándose de ganados, cebada y otros objetos y aplicando severos castigos á las gentes de aquellos aduares. Estos moros de Beni-Bu-Yahi han enviado recientemente á Melilla una comisión de sus notables para gestionar del general Aldave que no se efectúe el proyectado avance por sus territorios y para entablar negociaciones de paz, y en este mismo sentido conferencian con los jefes de nuestras fuerzas situa-



Seluán.—Los coroneles Villalón y Alcañiz y varios oficiales después de conferenciar con los moros notables de la cabilia de Beni-Bu-Yahi.

adictos de Ulad Settit y detuvo á dos indígenas sospechosos.

Estas agresiones, aunque no tienen en realidad importancia alguna, demuestran el espíritu dominante todavía en muchas tribus y la necesidad de no perdonar esfuerzo para someterlas en absoluto.

De este espíritu es prueba también lo que sucede por la parte de Alhucemas, en donde el día 20 del mes pasado hubieron nuestras tropas de romper el fuego de fusilería y de cañón para repeler las agresiones de los moros enemigos que hostilizan no sólo aquella plaza, sino también los barcos que á ella se dirigen.

Las últimas noticias de allí recibidas son de que los jarkeños se habían apoderado por sorpresa del castillo de Ajdir, impidiendo á los moros adictos ir á la plaza. Éstos se parapetaron en sus casas dispuestos á defenderse y enviaron á Alhucemas un emisario para dar cuenta de lo que ocurría.

En vista de ello el gobernador militar conferenció con el almirante de la escuadra y acordaron romper el fuego, haciéndolo las baterías de la plaza y los buques de guerra *Pelayo*, *Princesa de Asturias* y *Recalde*.—R.



Seluán.—Serenata en obsequio de la comisión de moros notables de la cabilia de Beni-Bu-Yahi que fueron á Melilla á gestionar la paz

GUERRA DE ITALIA CONTRA TURQUÍA

después de los combates con las armas en la mano ó que resultaron convictos de asesinatos ó de crímenes análogos. Además, en esta declaración se consigna que la gran desproporción entre el número de muertos y el de heridos en las tropas italianas es una prueba de que los heridos fueron objeto de crueldades incalificables.

el alférez de navío duque Ricardo Grazioli-Lante, perteneciente á una de las más ilustres familias de la aristocracia italiana; al frente de una compañía de marineros y de bersaglieri se batió heroicamente en aquella ruda jornada que duró todo el día y en la que hubo de lucharse, en muchos momen-



El alférez de navío italiano duque Ricardo Grazioli-Lante, que murió heroicamente en la toma de Homs. (De fotografía)

En los días 23 y 26 de octubre último libráronse rudos combates en el oasis de Trípoli. Los árabes, que pocos días antes habían prestado acatamiento á las autoridades italianas, atacaron el 23 de improviso y por la espalda á un batallón de bersaglieri mientras éste rechazaba una acometida de los turcos. Los italianos pudieron al fin derrotar por completo al enemigo. Éste reprodujo el ataque tres días después, siendo igualmente rechazado con grandes pérdidas, que algunos periódicos han dicho ser 2.000 muertos y 4.000 heridos.

Numerosas y sensibles fueron también las bajas experimentadas por los italianos en ambos combates; según el parte oficial del general Caneva, tuvieron 13 oficiales y 361 soldados muertos y 16 oficiales y 142 soldados heridos.

Después de estas batallas, los italianos efectuaron una razzia en las inmediaciones de Trípoli, haciendo millares de prisioneros árabes que fueron conducidos en grandes grupos á aquella ciudad, y formando juicio sumarísimo contra los que habían sido sorprendidos con las armas en la mano y que fueron fusilados en el acto.

Esta razzia y estos fusilamientos han dado lugar á que se dijese que los italianos habían cometido crueldades sin cuento y asesinado á mujeres, á niños y á hombres indefensos. En Inglaterra, sobre todo, esta campaña contra Italia ha revestido extraordinarias proporciones y hasta dado lugar á una interpelación en la Cámara de los Comunes. El gobierno italiano se ha apresurado á rechazar enérgicamente tales difamaciones y ha desmentido categóricamente cuanto se ha dicho sobre las supuestas matanzas en masa, haciendo ver primero la traición de los árabes, que se fingieron amigos para luego atacar por la espalda á los italianos mientras éstos combatían con los turcos; manifestando luego que los tales árabes, á pesar de las rigurosas órdenes de desarme, habían conservado y ocultado sus armas, y afirmando que únicamente fueron ejecutados aquellos á quienes, como hemos dicho, se sorprendió

Con posterioridad á los citados hechos de armas, los turcos se han atribuido grandes victorias así en Trípoli como en Derna; pero estos triunfos de los otomanos, que los italianos niegan en absoluto, no han tenido confirmación. Alguna ventaja, sin embargo, deben de haber alcanzado, por cuanto las tropas italianas retiraron de pronto algo sus líneas de defensa; pero últimamente, el 6 de este mes, avanzaron de nuevo ocupando la fortaleza de Hamidié, base de futuras operaciones para limpiar de árabes rebeldes los oasis.

Según informes de de origen italiano, los árabes, descontentos de los turcos porque les obligan á combatir siempre en la vanguardia, han celebrado una reunión y declarado no estar dispuestos á seguir luchando en estas condiciones por la causa de Turquía.

En la operación de desembarco y ocupación de Homs murió

tos, cuerpo á cuerpo. Herido gravemente, falleció dos días después, habiendo sido su cadáver conducido á Roma. Al entierro del valiente marino, que fué una manifestación de duelo tan grandiosa como conmovedora, concurren todas las autoridades romanas, presididas por el ministro de Marina, quien pronunció un elocuente elogio del heroico oficial muerto en el campo del honor.

El día 4 de este mes, el rey Víctor Manuel firmó un decre-



Roma.—Entierro del alférez de navío duque Ricardo Grazioli-Lante. (De fotografía de C. Trampus.)



Misa rezada junto al monumento erigido á las víctimas de las batallas de 23 y 26 de octubre y formado por un montón de piedras y un fragmento de antigua columna romana. (De fotografías de Argus Photo-Reportage.)



La bandera del Profeta cogida por los italianos á los turcos en la batalla del 26 de octubre

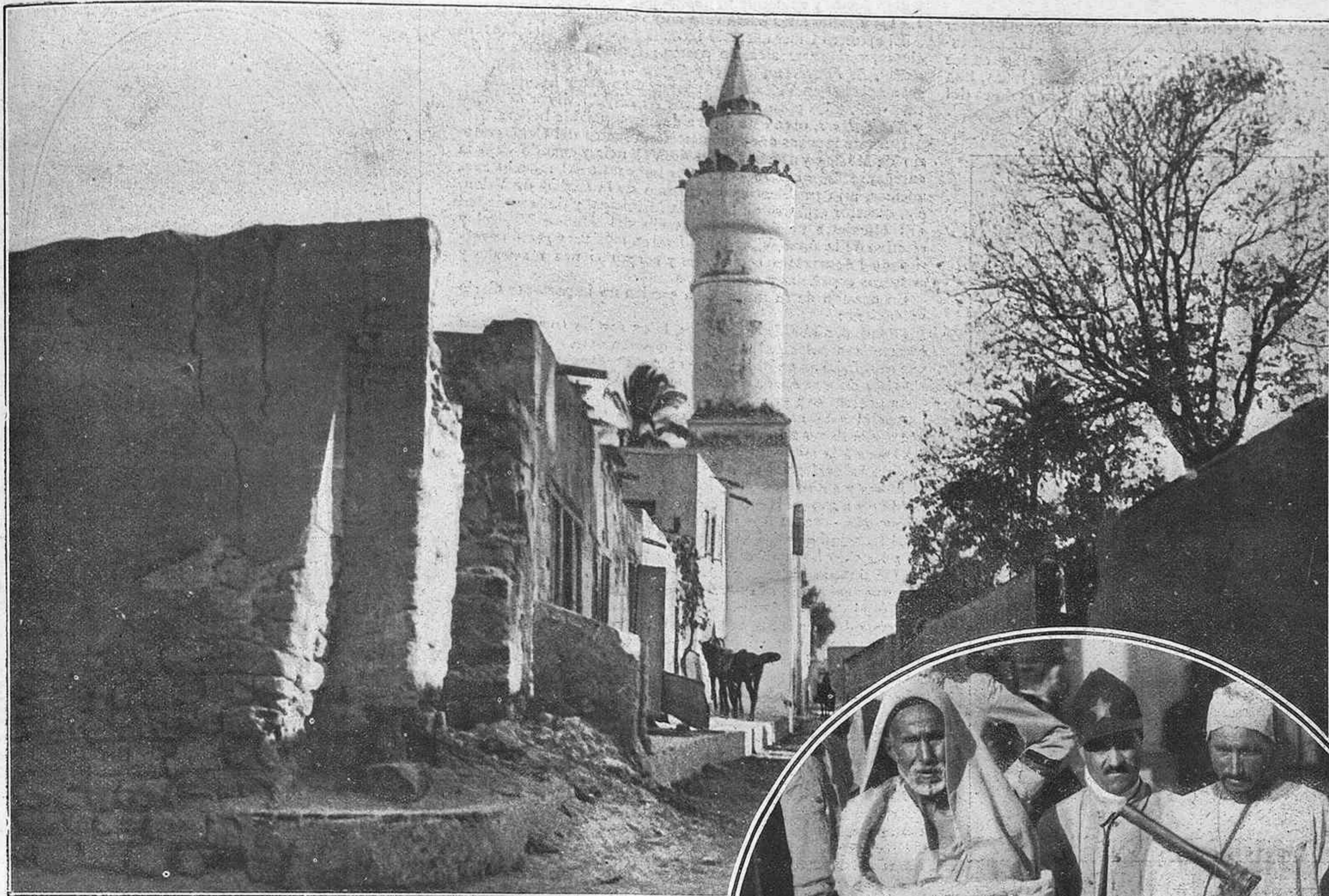
to declarando que, con arreglo al artículo 5 de la Constitución del país, Trípoli y la Cirenaica quedaban bajo la plena soberanía del reino de Italia y anunciando que una ley establecerá las reglas definitivas por las que habrán de regirse aquellas regiones, proveyéndose hasta entonces por medio de reales decretos.

Al mismo tiempo, el ministro de Negocios extranjeros, marqués de San Giuliano ha dirigido á sus embajadores en todos los países un despacho circular participándoles la adopción de dicha medida para que á su vez la comuniquen á los respectivos gobiernos cerca de los cuales están acreditados. En este documento se pretende justificar la conducta de Italia, como única que salvaguarda definitivamente los intereses de esta nación, de Europa y aun de la misma Turquía y dando los hechos por irrevocablemente consumados, se expresa el deseo de examinar con amplio espíritu de conciliación los medios para arreglar de la manera más conveniente y honrosa para Turquía las consecuencias de los mismos.

Turquía se ha apresurado á protestar enérgicamente de la declaración del gobierno italiano y á manifestar que se halla dispuesta á continuar la guerra á todo trance. — S.



Arabes hechos prisioneros en el combate de 23 de octubre y conducidos á Trípoli.—Un árabe condenado á muerte haciendo una confesión á un oficial turco.—Un consejo de guerra en Trípoli condena á muerte á un árabe; en el extremo izquierdo de la mesa un oficial, con la mano en alto, proclama la sentencia. (Véase página 739.)



La aldea de Sciara-Sciat, en donde los árabes atacaron á los italianos, según éstos, traidoramente; en el alminar, varios soldados italianos de centinela.—Dos árabes prisioneros acusados de haber mutilado á los heridos italianos; uno de ellos lleva colgada al pecho el hacha con que cometió sus crímenes.—Fusilamiento de un rebelde árabe. (Véase página 739.)

BRONCE ARTÍSTICO DE L. COULLAUT-VALERA

En los hermosos proyectos del monumento al poeta Bécquer y del conmemorativo de las Cortes, del Sitio y de la Constitución de Cádiz que hemos reproducido respectivamente en los números 1.501 y 1.555 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, han podido apreciar nuestros lectores las excepcionales dotes del Sr. Coullaut-Valera para el cultivo de la plástica monumental.



Madrid. Exposición de Arte Decorativo. — Bronce que los empleados del Banco de España regalan al Consejo de Administración como homenaje de gratitud. Obra de Coullaut-Valera. (Fotografía de Asenjo y Salazar.)

La obra que reproducimos adjunta, de carácter enteramente distinto del de aquéllos, es una prueba de la variedad de aptitudes del notable escultor. Bellísimo en su conjunto y en sus detalles, genialmente concebido y admirablemente ejecutado, este bronce artístico puede ofrecerse como modelo de escultura de salón ó escultura decorativa, no siendo, por consiguiente, de extrañar que haya sido unánimemente elogiado por cuantos lo han visto en la exposición que actualmente se celebra en Madrid.

D. SALVADOR GINER

El ilustre compositor que á los ochenta años de edad ha fallecido recientemente en Valencia, había nacido en aquella ciudad y demostrado desde muy niño grandes aficiones y excepcionales aptitudes musicales. A pesar de la oposición de sus padres, estudió con D. Pascual Pérez Gascón, organista de la catedral valenciana, y muy pronto comenzó á escribir obras religiosas. Siendo joven todavía, marchó á Madrid para estrenar en la corte algunas zarzuelas, lo que no pudo conseguir. En cambio, al ocurrir el fallecimiento de la reina Doña

Algun tiempo después regresó á Valencia, de donde ya no volvió á salir y en donde se dedicó por entero al arte musical. En los últimos años hacía vida muy retirada.

El maestro Giner escribió infinidad de composiciones religiosas, varias zarzuelas, un poema mímico, las óperas *El Soñador*, *El Fantasma*, *Morel* y *Sagunto*, que se cantaron con gran aplauso en Valencia y valieron á su autor honrosas distinciones, y los poemas sinfónicos *Es chopá... hasta la Moma* y *Nit d'albaes*, obra esta última de incomparable belleza.

Durante muchos años fué director técnico del Conservatorio de Música y Declamación de Valencia y cuando dejó la enseñanza fué nombrado director honorario del mismo. Era, además, hijo predilecto y meriísimo de la ciudad de Valencia, director artístico de la Banda Municipal y de la sociedad «El Micalet», presidente honorario del Ateneo Musical y efectivo de la Asociación de Profesores músicos y socio de mérito de importantes sociedades y corporaciones musicales y artísticas españolas y extranjeras.

En ocasión de su muerte, ha escrito un importante diario valenciano:

«Bondad, afabilidad, sencillez, tales son las tres notas que caracterizan principalmente el temperamento del hombre y que se reflejaban en el artista y en sus producciones.

«Hijo de una época musical en que Valencia no tenía un alma propia, aun es más de apreciar el esfuerzo de Giner al buscar él solo, entregado á sus propios medios, un camino que podía llevar á la creación de un arte castizo y propio. Nos referimos á la nota más personal y más valiosa del maestro: á su nota valenciana. Los poemas sinfónicos *Es chopá... hasta la Moma* y sobre todo el poético y hermosísimo *Nit d'albaes*, son la obra capital como sentimiento, como alma, como poesía y como «patria» que produjera el arte de nuestra tierra.»

El fallecimiento del Sr. Giner ha llenado de luto á Valencia y ha sido hondamente sentido en toda España. Su entierro fué una de las más grandiosas manifestaciones de duelo que en aquella capital se han presenciado, habiendo concurrido á él el Ayuntamiento, la Diputación, todas las autoridades, nutridas comisiones de todas las corporaciones y sociedades valencianas y un público numerosísimo en el que se hallaban representadas todas las clases de la sociedad valenciana. ¡Descanse en paz el maestro ilustre!

CONCURSO DE AVIACIÓN MILITAR EN REIMS

Desde el día 1.º al 31 de octubre último se han efectuado en el aeródromo de Reims las pruebas eliminatorias del concurso de aviación militar organizado por el ministerio de la Guerra de Francia.

Este concurso se anunció en 1910 y se fijó como base del mismo la siguiente fórmula: 300 kilogramos de peso y 300 kilómetros de recorrido. Los 300 kilogramos, porque se estimó que el aeroplano había de llevar tres personas, un piloto, un observador y un mecánico, reservándose el excedente de 75 kilogramos de peso útil para instrumentos, piezas de recambio y armamento; los 300 kilómetros, porque se quiso que el aparato de tal manera equipado pudiese efectuar largos reconocimientos.

La comisión organizadora decidió, además, que sólo serían admitidos á la prueba definitiva de los 300 kilogramos y de los 300 kilómetros los aeroplanos que previamente hubiesen salido vencedores de una serie de ensayos eliminatorios de resistencia.



Excmo. Sr. D. Diego de los Ríos, capitán general de Madrid fallecido el día 4 de los corrientes. (De fotografía de Asenjo y Salazar.)

planos y dos triplanos. El resultado de las pruebas eliminatorias ha sido la designación de los aviadores siguientes como

únicos que tomarán parte en la definitiva; Barra, Renaux, Weymann, Fischer, Frantz, Prevost y Vedrines.

Cuando escribimos estas líneas, no ha comenzado aún la prueba definitiva á causa del mal tiempo.

Durante los ensayos eliminatorios ocurrieron dos accidentes desgraciados que ocasionaron la muerte de los aviadores Level y Desparmet; del primero de ellos dimos cuenta en el número 1.556. El segundo accedió el día 27 de octubre último; el aviador cayó desde una altura de 200 metros, quedando muerto en el acto.

Juan Desparmet nació en Lyon en 7 de julio de 1890 y obtuvo su patente de aviador en 3 de marzo último. Recientemente había obtenido la patente superior militar. A pesar del poco tiempo que llevaba de dedicarse á la aviación, había obtenido varios premios en algunos concursos.

EL GENERAL

D. DIEGO DE LOS RÍOS

Nació este ilustre militar en 9 de abril de 1850 y á los diez años fué nombrado alférez de caballería, pasando á los doce al arma de infantería. A los veinte, siendo capitán, fué á Puerto Rico y después de haber prestado allí servicio durante tres años, regresó á la península y tomó parte muy activa en la campaña carlista, obteniendo por méritos de guerra los grados y empleos de comandante y teniente coronel.

En 1876 marchó á Cuba, interviniendo en varios combates; volvió á España en 1878, fué ascendido á coronel en 1866 é hizo la campaña de Melilla de 1893. Al año siguiente ascendió á general de brigada y en 1895 fué destinado á Filipinas, en donde prestó relevantes servicios como militar y como gobernante, habiendo ejercido con singular acierto, entre otros, los gobiernos generales de Mindanao y de todas las islas Visayas. En 1898, después de una heroica defensa en Ilo-Ilo, quedó en Manila encargado de la liquidación de la Hacienda española en el archipiélago y de la evacuación definitiva del mismo.

En 1902 fué nombrado gobernador militar de Sevilla; en 1904 pasó como consejero al Consejo Supremo de Guerra y Marina, y en 1907 ascendió á teniente general. Actualmente desempeñaba la capitán general de Madrid, de la que se hizo cargo en circunstancias difíciles que con energía supo dominar.

Hallábase en posesión de dos grandes cruces del Mérito Militar, una de ellas pensionada, de las grandes cruces de María Cristina, del Mérito Naval y de San Hermenegildo y de otras muchas militares, así como de numerosas condecoraciones civiles.

Era gentilhomme de cámara y recientemente había sido elegido senador por Cáceres.

Militar pundonoroso, caballero correctísimo, bondadoso y atento para todos y hombre de sociedad y de trato afable, era en extremo apreciado en todos los círculos sociales, políticos y militares.

Su muerte ha sido sentidísima en la corte y su entierro, aparte de la grandiosidad que revistió por su carácter oficial, fué una imponente manifestación de duelo en la que tomaron parte todas las clases sociales.

¡Descanse en paz!



El aviador francés Juan Desparmet, fallecido á consecuencia de un accidente desgraciado durante las pruebas del concurso de aviación militar celebrado recientemente en el aeródromo de Reims. (De fotografía de M. Rol.)



El eminente compositor D. Salvador Giner, fallecido en Valencia el día 3 de los corrientes, en su lecho mortuario. (De fotografía de Barberá Masip.)

Mercedes, la Diputación provincial matritense le encargó una misa de *Requiem* que se cantó en los funerales de la malograda soberana.

Al concurso acudieron cuarenta y cuatro constructores de aparatos y veintiséis de motores; de los aparatos presentados fueron admitidos treinta y uno: nueve monoplanos, veinte bi-

EL ENIGMA DE LA CALLE DE CASSINI

NOVELA ORIGINAL DE GEORGES DOMBRE. — ILUSTRACIONES DE LEÓN FAURET. (CONTINUACIÓN)

—Como he dicho á usted, señor comisario, tuvimos una primera sospecha á eso de las diez... Pero no hemos intervenido hasta una hora después.

peineta rota y el estuche de lentes, pero no reparó en el sobre ni en la llave.
Bruscamente reanudó el interrogatorio:

—La camarera estaba ausente, con licencia en debida forma, según me ha dicho la cocinera que no oyó nada, porque es sorda, y dormía. De paso he



— Por mi honor, tío Miguel, es necesario que yo guarde silencio

—Interrogo á este caballero, interrumpió el magistrado vuelto hacia Prouvaire.

—No puedo hacer más que repetir las palabras de mi joven amigo, contestó el químico condescendiente.

—¿A qué título se halla usted aquí? ¿Es usted pariente de la víctima?

—No señor. Sospechamos el crimen, é intervimos con la esperanza de salvar á esta desgraciada mujer. No había que vacilar.

Era irrefutable. El comisario convenía en ello.

—¡Seal, dijo con aire fosco; pero había que advertir rápidamente á la policía.

—Acepto la responsabilidad de mis actos, replicó altivamente Miguel. A mi juicio, había que llamar desde luego á un médico, y es lo que hemos hecho aun antes de estar seguros del suceso. Cuando penetré aquí —¡con escalo, señor comisario!,— mis primeros cuidados fueron para la víctima; cuidados inútiles, sin duda, pero que yo no podía, en conciencia, prejuzgar como tales. Después de haber visto que la señora Lussac estaba muerta, creí deber hacer mis investigaciones...

—¿Por qué?, interrumpió severamente el magistrado; era usurpar las funciones de la justicia...

—Era poner mi experiencia al servicio de la sociedad. Podía descubrir algún hecho fugaz, propio para abreviar la instrucción, y quizá la captura del ó de los malhechores.

—Perdía usted el tiempo y se exponía á hacer más difícil la tarea de las personas competentes. ¡En fin, lo hecho, hecho está!.. Se explicará usted con el procurador de la república ó el juez de instrucción. Espero al menos que no habrá usted cambiado nada de su sitio.

—¡No he cambiado nada!

Hubo un corto silencio, después del cual el comisario hizo un ligero examen del cuarto. Descubrió la

—A propósito; ¿y ese médico?

—Ha venido, contestó el químico... Está á la disposición de la justicia.

—¿Cómo se llama?

—Carlos Bardane, bulevar de San Miguel, número 117, intervino Gauchery.

—¿Examinó las heridas?

—Las heridas y las equimosis..., sí, pero someramente.

La voz del comisario se dulcificaba. Sólo había puesto ceño adusto por manía profesional y también para salvar cierta responsabilidad posible, si no probable.

—¡Ah! ¿Someraamente?, murmuró con aire reflexivo.

—No tanto que no le permitiese afirmar que las equimosis habían precedido á las heridas, replicó Prouvaire; lo cual no era difícil de adivinar.

—¡Sin duda!, murmuró el comisario, que sufría poco á poco el ascendiente de Miguel. Este hecho no carece de importancia.

—Como no carecen de ella ni el estuche de lentes, ni quizá el sobre que cayó debajo del secreter, ni el secreter mismo.

Y como el de policía interrogase con la vista á Prouvaire, éste señaló con el dedo el sobre aludido y los cajones del secreter. El magistrado frunció desde luego las cejas; pero después aceptando sin embargo la situación, examinó el sobre y los cajones. No dejó traslucir sus impresiones. Solamente se puso á registrar la estancia.

Miguel creyó deberle decir:

—Mi investigación no se ha limitado á este cuarto... He querido ver por qué la servidumbre—una cocinera y una camarera,—había permanecido pasiva. También podían haber sido asesinadas.

—Es verdad, dijo el comisario mordiéndose el labio.

entrado en un cuarto dormitorio, el de madama Lussac, supongo yo, que presentaba las huellas evidentes de una visita: había un arca forzada y una pipa debajo del armario, donde está todavía.

—¡Diablos!, dijo el comisario haciendo una mueca si es ó no es... Ha conducido usted su investigación con verdadero celo. Veremos lo que pensarán de ello los jueces.

De pronto se abrió la puerta con estrépito y apareció Gúdula van den Heuvel. Se había vestido someramente; su pequeña mota de pelo formaba una vaga torta en la coronilla; su torso caballar flotaba en una camisola de muletón, y una falda de un verde boñiga envolvía sus piernas de garza. A la vista del cadáver, dió una especie de ahullido, y gimió después:

—¡Ocl!, ¡oc! ¡Mi pobre ama!.. ¡God en heere!

Miraba alternativamente á los tres hombres, enjugando, con el dorso de la mano, un párpado que producía normalmente una lágrima por minuto. Después de un enorme suspiro, preguntó con aire de bestia ladina:

—¿No van á llamar á los hombres de ley?

Advertido de su sordera, el comisario le gritó:

—¿Tiene usted algo que decir?

El aire solapado de la vieja se acentuó:

—No sé..., quizá sí..., quizá no. Si veo solamente al juez, hablaré.

—Soy el comisario de policía.

—¡Oiga!, ¡oiga! ¿Es verdad que usted es el comisario?

El magistrado le lanzó su «ojo» que aterró y convenció á la cocinera.

—Entonces sí..., voy á hablar, pero quiero estar sola con usted.

—Tengan ustedes la bondad de salir, caballeros, dijo el comisario, que olía una revelación.

Miguel y Jorge salieron.

—No tenemos ya nada que hacer aquí, dijo Gauchery, una vez en la escalera.

—Sin duda, pero conviene que nos pongamos a la disposición del comisario; nos despedirá él mismo, si le conviene.

Los dos hombres resolvieron esperar en el corredor de la planta baja.

Al cabo de unos veinte minutos, la voz del magistrado les interpeló. La fisonomía de este funcionario había adquirido un aspecto más frío y algo misterioso. En cuanto a Gúdula, respiraba fuerte como si acabase de hacer una larga carrera, y miraba fijamente delante de sí.

—Caballero, preguntó el magistrado dirigiéndose a Prouvaire, ¿es usted, como su compañero me ha dicho, Miguel Prouvaire, profesor de la Escuela de Estudios Superiores? ¿Vive usted en el pabellón adjunto a este hotel?

—¡Así es!, contestó el físico con indiferencia.

—¿No lo habita usted solo?

—Habitó con mi hermana, la viuda Delorme, y sus dos hijos: un hijo y una hija.

—¿Todas esas personas se hallan presentes?

—Lo ignoro. Mi sobrino no había vuelto cuando salí de casa.

—¿Conoce usted personalmente a la víctima?

—No.

—¿Al menos la conocía alguno de la familia de usted?

—Tampoco.

—¿Hacia tiempo que vivía aquí?

—Unos cuatro meses.

—¡Muy bien!

El comisario pareció indeciso; luego dijo frunciendo el ceño.

—Voy a mandar a ver si su sobrino ha vuelto a su casa.

—Iré gustoso a verlo para complacer a usted, declaró Miguel sorprendido.

La mirada del comisario manifestó una ligera desconfianza.

—Un instante, murmuró.

Y bajó de cuatro en cuatro los peldaños de la escalera. Un minuto después volvía a subir con un municipal, a quien dijo, designando al físico.

—Acompañe al señor.

Y a Prouvaire:

—Es esencial que esté usted a la disposición de la justicia.

—¡Lo estaré sin necesidad de que me obliguen!, replicó Miguel con altivez.

—Lo creo, pero soy único juez de mi deber.

Miguel, mucho más inquieto que ofendido, no insistió, y condujo al municipal por detrás del hotel y el pasaje cubierto.

La señora Delorme y Luciana esperaban. Ambas estaban tristes, pero la tristeza de la madre afectaba una forma dulce y resignada; la muchacha, al contrario, estaba muy nerviosa, ora dominada por el horror, ora por uno de esos accesos de indignación que trastornan como una tempestad los jóvenes organismos. A medida que transcurría el tiempo, una inquietud se mezclaba en ambas con la emoción trágica. La ausencia de Miguel les pareció prolongarse en demasía y se preguntaban también por qué Enrique no se había retirado aún.

A eso de las doce y media se oyeron pasos en el pasaje, y apareció Miguel, seguido del municipal. Las dos mujeres se precipitaron a su encuentro, con una mezcla de angustia y de alegría. El las tranquilizó con una sonrisa, y dijo:

—¡Basta ya de velar!

—¿Cómo dormir?, exclamó Luciana..., ¡y en tu ausencia!

—¿Qué importa? ¿No estoy a cuatro pasos de vosotras? Suponiendo que hayáis podido concebir alguna inquietud, ya debe haberse disipado.

Y añadió con el aire más tranquilo del mundo:

—¿Ha vuelto Enrique?

—¡No!, contestó la madre con voz temblorosa, y esto también me tiene trastornada.

—¡Sin motivo, mujer! Cálmate. Anda, ve pronto a descansar.

Ya se alejaba, preocupado también; pero, a medida que se acercaba al hotel, volvía a dominarle la curiosidad.

Esta vez encontró al comisario en la planta baja. El hombre estaba pensativo y pesadamente misterioso. Había encendido un candelabro, en un gran salón Luis XV, donde huroneaba a intervalos, inútilmente. Un fino reloj de sobremesa, adornado con pastores, tocó de un modo discreto y suave. Sentado en un sillón, Jorge Gauchery esperaba con aire de fastidio; tenía el convencimiento de que iba a ser absurdamente inútil, y le afligía grandemente la idea

de tener que comparecer ante la justicia de su país.

—¿No ha vuelto su sobrino?, preguntó el comisario.

El tono implicaba menos una pregunta que una afirmación.

—¡No!, contestó secamente Prouvaire.

A menos que el policía fuese un maniático de una especie particular, había allí un pequeño enigma. ¿Qué tenía que ver Enrique con todo aquello? La imagen de Gúdula van den Heuvel, su aire de solapada bestialidad, reaparecieron a la memoria del físico. Aquella mujer, cuya imbecilidad parecía prodigiosa, debía de haber dicho algo tan estúpido como ella misma. Pero ¿qué había podido decir que tuviese relación con Enrique Delorme?

—¡Esto se aclarará pronto!, pensó el químico, poco inquieto, en el fondo, de las consecuencias de un incidente tan fútil.

Y añadió, en alta voz, maquinalmente:

—¿Adónde ha ido la cocinera?

El magistrado no se dignó contestar, pero su rostro expresó la sospecha. Miguel se encogió de hombros y, sentándose al lado de Jorge, se entregó a su meditación. Transcurrió media hora, y de pronto se oyeron voces en el pasaje. El comisario se había levantado, en actitud grave; se abrieron varias puertas, y apareció Enrique Delorme, acompañado de un municipal y seguido de Gúdula van den Heuvel, cuyo rostro pastoso y ojos triangulares expresaban un obscuro triunfo.

Al ver a su tío, el joven tuvo un rápido estremecimiento, reprimido en seguida. Luego vio al comisario, que se había puesto rápidamente su fajín, y cuyo «ojo» desencajado y lleno de autoridad trataba de magnetizarlo.

Enrique preguntó:

—¿Qué me quieren?

El comisario, con un gesto imperioso, detuvo la contestación en los labios del físico, y dijo ahuecando la voz:

—¡En esta casa se ha cometido un crimen!

A Enrique le dió un vuelco el corazón, se le pusieron blancos los labios y las mejillas, y una emoción terrible inmovilizó sus ojos sombríos.

—¡Un crimen!, exclamó.

—¡Sí, un crimen..., un homicidio! Y se le vió a usted entrar en este hotel. Toda negativa sería vana.

—¡Sí, sí!, gritó Gúdula, le vi en la puerta de atrás, al cerrar mi ventana antes de acostarme.

Al joven le temblaron las piernas, el rostro se le puso lívido; sucedieron en él innumerables sensaciones. Dió dos ó tres pasos, lanzó un gemido sordo, y, como alocado, se palpó el chaqué, metió la mano en un bolsillo interior, y, sacando un fajo de billetes de banco, los tiró sobre una mesa.

—¡Ante todo..., ante todo!, clamó, ¡custodien este dinero que no es mío!

El comisario mostró su fisonomía más formidable:

—¡Este dinero que pertenece a la señora Lussac..., a la señora Lussac a quien usted asesinó!

—¡Asesinada!, exclamó con bronca voz el joven.

Preso de una especie de vértigo, cayó en una silla, se cubrió el rostro con las manos y prorrumpió en sollozos.

Un estupor inaudito inmovilizaba a Miguel Prouvaire. En aquel tenebroso asunto, todo le parecía plausible, excepto lo que acababa de ver. Sus pensamientos se perdían en sensaciones y en imágenes; toda lógica abandonaba su inteligencia.

En cuanto al comisario, experimentaba menos sorpresa que alegría: por profesión, en tratándose de un crimen, la peor monstruosidad y la más extravagante inverosimilitud le parecían sencillas, tanto más sencillas cuanto más locas eran.

Gúdula van den Heuvel experimentaba la satisfacción de orgullo más fuerte de su vida: su nombre y su retrato iban a correr de periódico en periódico; el mundo vería al fin hasta qué punto la vieja era inteligente y lista.

Lleno de angustia, de estupefacción y de piedad, Gauchery no sabía qué creer.

—¡Hace usted bien en confesar!, declaró el comisario adoptando una voz casi dulce. ¡Es la mejor manera de obtener la indulgencia de los jueces y del tribunal!

Enrique, abatido, seguía sollozando. Parecía no oír nada. Fué Prouvaire el que contestó:

—Mi sobrino no ha confesado nada, caballero.

—¡Le conviene a usted hablar así!, replicó el otro con condescendencia. La confesión no puede ser más clara..., y en cuanto a la prueba ¿cómo podría ser más flagrante?

Su índice señalaba los billetes de banco, los cuales hipnotizaban al químico, simbolizando la circunstancia más extraordinaria de su existencia.

—¡Enrique!, exclamó con fuerza.

El joven alzó levemente la cabeza. Sus ojos enrojecidos por las lágrimas se encontraron con la mirada centelleante de Miguel que le preguntó:

—¿De dónde proceden estos billetes?

Enrique vaciló un instante y dijo luego:

—Estos billetes pertenecen a la señora Lussac.

—¿Cómo es que se encuentran en tu poder?

—¡No puedo decirlo..., no puedo decirlo ahora!

El comisario intervino bruscamente:

—¡Me opongo formalmente a este interrogatorio!

Este hombre pertenece a la justicia. Es preciso que no se comunique con nadie, hasta que el juez de instrucción haya decidido otra cosa. Señores, se pondrán ustedes a disposición de la justicia.

II

Miguel velaba. Estaba solo. En la angustia que le apretaba la garganta, en el desconcierto de sus ideas, tenía al menos el consuelo de pensar que ni Luciana ni su madre sabían nada todavía de la extraña desgracia que les había sobrevenido. Sin embargo, ellas no lograban conciliar el sueño, la madre atormentada por la inquietud, y la hija vivamente agitada por los acontecimientos. Pero ¿qué significaba su emoción comparada con el golpe siniestro de la realidad?

Poco a poco, el físico recobraba la lucidez de su inteligencia y su lógica deductiva. E iban disminuyendo sus temores. La aventura le parecía más absurda que amenazadora. Conocía que era buen observador, y, por otra parte, creía conocer a fondo el carácter de su sobrino. ¡Pues bien!, los indicios acumulados en el curso de su investigación—investigación que se felicitaba de haber emprendido—sugerían hechos que en nada podían concordar con el pasado del joven y mucho menos con su temperamento.

—Es un error más evidente que el mejor axioma, se repetía.

Sin embargo, no podía alejar ese miedo obscuro a la fatalidad que duerme en el fondo de todo hombre y que la desgracia despierta con sobresalto. ¡La vida no es lógica; al contrario, es formidablemente ilógica, espantosamente absurda!

Prouvaire consultaba alternativamente su carnet y su memoria. Tenía un cerebro bien constituido, donde las imágenes se disponían en orden.

En el caso presente su profunda curiosidad por las cosas humanas, y sobre todo por las cosas anormales, venía a serle muy útil. Según una costumbre propia de los matemáticos, inscribió en series los diversos elementos que había reunido, sometió estas series a diversas permutaciones.

—¡Todo eso se halla encadenado!, dijo, lo mismo la pipa grosera y el estuche de cuero fino, que el sobre timbrado en San Luis y la extraordinaria intervención de Enrique. Pero ¿cómo está encadenado? Seguramente que no lo está como un conjunto lógico u orgánico, sino merced a una mezcla de acontecimientos fortuitos y de circunstancias buscadas. Desde luego hay probablemente una incógnita, una gran X en la existencia de esa desgraciada mujer. Es el nudo de la cuestión. En cuanto a la visita de Enrique... ¡Pardiez!..

Reaparecía el álbum de imágenes, y las notas misteriosas del carnet de la dama, y Miguel empezó a pasearse por su cuarto, con la mirada vaga y las pupilas opacas. Luego inscribió en su librito de notas:

«Itinerario de Enrique... C. Barlemont... Augusto Lewis... Marcelo Marchais...»

Bruscamente, se levantó, cogió el quinqué y, de puntillas, se dirigió al cuarto de su sobrino.

Era un cuarto de estudiante, con una cama de nogal, una gran mesa llena de libros y papeles, un sillón forrado de tapicería verde aceituna y rosa pálido, dos sillas, un armario y una percha. Miguel inspeccionó rápidamente la ropa de Enrique, registró el armario y los papeles. Un solo documento le detuvo:

«Monsieur y madama Rocher ruegan a usted les haga el placer de venir a pasar la velada en su casa, el martes, 18 de mayo, a las nueve.

»88, calle de Tournón. R. S. V. P. (1)»

Inscribió el nombre de madama Rocher y lo reunió con el de Marcelo Marchais.

—¡Ahora, al punto de partida!, murmuró... Un rayo de luz en las tinieblas.

Bajó a su laboratorio y permaneció largo tiempo inmóvil, con la frente apoyada en los puños.

Oyóse un paso pesado en el pasaje cubierto; Miguel adivinó la proximidad de uno de los municipales; salió al encuentro, por temor de que despertase a madama Delorme y a Luciana.

(1) R. S. V. P. Es decir: *Réponse s'il vous plait*; fórmula usada en Francia para pedir abreviadamente una contestación.

—Sírvase usted no hacer ruido, dijo después de aplicar un dedo en los labios... Hay personas que duermen.

El bueno del agente accedió á la súplica en cuanto se lo permitían sus gruesos zapatos y un andar fuerte.

En la planta baja, en el gran salón Luis XVI, Miguel encontró al comisario con un hombre de rápida mirada y de fina fisonomía. Era ni más ni menos que Jaime Gourdon, el jefe y el más sutil de los agentes de la Seguridad, que precedía á los jueces como la caballería precede á un ejército. Gourdon mostraba un cuerpo huesoso, una cabeza larga con orejas puntiagudas y mejillas chupadas; un pelo escaso y gris, cubría ligeramente su labio y su barba.

Dirigió al sabio una mirada suave, pero finamente escudriñadora, y dijo con cierta deferencia:

—¿Es con el profesor Miguel Prouvaire con quien tengo el honor de hablar?

El químico se inclinó. El otro manifestó su nombre y sus títulos y prosiguió:

—Siento presentarme á usted en circunstancias penosas... Crea usted que si hay un error que disipar, haré todo lo posible para que sea pronto. Le agradeceré me diga cuanto sabe acerca... del asunto...

Miguel, guardando provisionalmente para sí sus conclusiones, refirió de un modo minucioso lo que había visto. Gourdon le escuchaba con una atención profunda. Sólo le interrumpió dos ó tres veces para hacerle precisar algún detalle.

Cuando el físico hubo terminado, él dijo:

—Un hombre del oficio, difícilmente hubiera despedido más método.

Frotóse furtivamente las manos y repuso con una sonrisa:

—¡Efecto de las ciencias exactas! El Sr. Bartillón ha mostrado su importancia en materia policiaca. Pero, claro está, hay que saber dosificar exactamente el análisis y la imaginación. ¿Y usted no saca nada en conclusión, caballero?

Después de vacilar un momento, Miguel contestó: —Todavía no. El asunto presenta varios hiatos..., ¡y sin brújula!

—¡Sin brújula, eso es! ¡Ah, que no haya una pequeña brújula para orientarse!

Siguió un corto silencio durante el cual Gourdon meditaba. Su actitud no tenía nada de huraño; era hombre de mundo; no desdeñaba ninguna colaboración, seguro de tener siempre la mejor táctica y la última palabra. Veía perfectamente que el químico debía de tener una ó varias opiniones y preciarse de razonar bien. Esto no le estorbaba en manera alguna. ¿No habían visto realizarse conjeturas de viejas comadres y de porteras? Por esto se hallaba dispuesto á conversar, sin perjuicio de no decir por su parte sino lo que le conviniera.

—¡Asunto complejo!, suspiró. Usted ignoraba sin duda que su sobrino conocía á la señora Lussac.

—Lo ignoraba.

—¡Nuestros parientes más próximos están llenos de misterio! Yo tengo un hijo. A cada instante pierdo la noción de su estado de ánimo. Aun que fuese negro ó japonés, su mentalidad no podría ser más diferente de la mía.

—Caballero, dijo tristemente Miguel, no conozco todos los actos de mi sobrino, ni le he interrogado nunca acerca de ellos, pero respondo de su honradez como de la mía.

—¡Sin duda! ¡Sin duda!.. Hay aquí una de esas malas inteligencias que nos son familiares en la Seguridad. Mientras tanto, el incidente del fajo de billetes es de mucho peso. Nada de lo que usted pueda decir por ilustrar á la justicia será inútil.

Su rostro no dejaba transparentar ninguna opinión. Quizá no tenía ninguna. Se preciaba de tratar un crimen objetivamente; y, antes de escrutar las conciencias, escrutaba las peripecias y las cosas.

—¡Por lo que toca á mi sobrino, lo ignoro todo!, declaró Miguel.

—¿Todo?

—Toda cosa precisa.

—No lo dudo. Pero las cosas imprecisas tienen su valor.

—Quizá... No me niego á contestar, y lo haré sinceramente. Pero antes, permítame que á mi vez le haga á usted una pregunta..., dictada por mi inquietud, y también por mi deseo de aclarar, en lo que yo pueda, este triste enigma. ¿Ha interrogado usted á mi sobrino, sobre el empleo de su tiempo?

Gourdon escuchaba plegando los párpados, recogiendo las palabras una por una y pasándolas por la criba de su astucia. Su ágil espíritu no dejó ver ninguna tergiversación:

—Sí, le he preguntado en qué había empleado el tiempo.

—¿Y qué ha contestado?

—En el fondo, yo no debería decírselo á usted; sin embargo, lo hago por simpatía y porque me apena su dolorosa situación. Su sobrino ha contestado mal. Todo lo que nos ha hecho saber es que estuvo paseándose por el bulevar de San Miguel, por la calle de Vaugirard, por la de Bonaparte y por el bulevar de San Germán.

—¿Y para volver?

—Por la calle del Bac, la de Sevres y el bulevar Montparnasse.

—¡Gracias!, dijo Miguel con una vaga sonrisa.

—Ahora le toca á usted conforme ha prometido.

—¡Oh!, no cuento evadirme. Confesaré, pues, que la salida de mi sobrino, después de la comida, fué imprevista y que su prolongada ausencia nos llenó de inquietud. Es todo cuanto puedo decir.

—No esperaba más. Desgraciadamente eso no le justifica.

Gourdon había sorprendido la débil sonrisa del físico y, después de una pausa, añadió:

—Yo presentía que iba á darle más de lo que usted podía darme á mí. ¿El itinerario no le sorprendió?

—No, señor. Es, á poca diferencia, el que yo esperaba.

Un pequeño brillo palpó en el ojo malicioso del detective.

—¿Entonces sabe usted algo más?

—Nada que usted mismo no pueda adivinar..., una simple hipótesis deducida de los mismos acontecimientos.

—¿No quiere usted comunicármela?

—No. Yo debería pedirle en cambio, dijo Prouvaire en voz baja, lo que usted no podría concederme, porque no estaría conforme con su deber. Permítame, pues, que guarde silencio.

El hombre de la Seguridad se mordió el labio, un poco despechado, y preguntó luego:

—¿Nada que yo no pueda adivinar, dice usted?

Miguel hizo un gesto evasivo.

—Una simple conjetura, lo repito. En manera alguna me propongo hacer de ella un secreto, si se verifica... De un modo general, mi interés está en decírselo á usted todo.

Gourdon se inclinó; toda huela de despecho desapareció de su rostro. Después de una pausa, Prouvaire repuso en tono casi suplicante:

—Caballero, me sería muy doloroso, y sería terrible para la pobre madre que el nombre de mi sobrino y su fotografía apareciesen en los periódicos.

El detective sacó el reloj:

—Si eso no dependiese más que de mí, dijo, le complacería á usted, al menos durante algunos días, ya que se trata de un caso en que la publicidad es más nociva que útil. Pero el procurador de la República, el juez de instrucción y los periódicos mismos son los únicos que pueden otorgarle ese favor. En todo caso, nada aparecerá en los periódicos de mañana: la mayor parte de ellos están en prensa y los demás no recibirán á tiempo la noticia del crimen.

—Algo se gana, suspiró el físico. Y mientras tanto ¿quién sabe?

—¿Quién sabe?, repitió Gourdon como un eco.

III

Miguel Prouvaire tenía la facultad preciosa de dormirse cuando quería. A pesar de su pena, tuvo un sueño rápido, un sueño «de profundidad», como él decía, y despertó á su hora habitual, es decir, á cosa de las siete, algo menos descansado que de costumbre, pero bien dispuesto á la lucha.

La señora Delorme le esperaba. Estaba pálida, con el rostro desencajado, descompuesto por la angustia y el insomnio. Miguel se adelantó á las preguntas de la pobre mujer.

—¡No has dormido!, le dijo con dulzura.

—¡Enrique no ha vuelto!

Él evitó la mirada febril de la madre, con toda su voluntad en tensión para las mentiras necesarias.

—Es verdad, se apresuró á decir; pero no estás inquieta: le he visto.

—¡Le has visto!

Ella escudriñaba más profundamente el rostro de su hermano, y él, con los párpados contraídos, hizo un esfuerzo terrible para vencer su emoción.

—Le he visto, repuso él..., el pobre muchacho ha hecho una tontería, ha hecho inconsideradamente un favor... y..., no podrá volver en todo el día, ni quizá mañana.

Prouvaire no había mentado nunca á su hermana. A pesar del enigma que estas palabras implicaban, ella se tranquilizó algo, sus ojos adquirieron una expresión menos dolorosa. Sus peores conjeturas no podían tener la menor relación con el crimen. Su imaginación le pintaba accidentes, un atraco, hasta

un duelo. ¡Pero como Miguel le había visto! Sin embargo, le quedaba una duda:

—¿No está herido? ¿No debe batirse?

—No está herido, ni debe batirse, contestó Miguel con el acento de la verdad; pero es cuanto puedo decirte, hermana mía. Se lo he prometido á Enrique.

Ella casi se sonreía, llena de una ciega confianza en el honor de su hijo. Aunque sorprendida del misterio que rodeaba la aventura, desde el momento que Enrique no corría ningún peligro físico, la madre no podía entrever más que un desenlace feliz. Sin embargo, se disponía á seguir preguntando, y él la previno con vehemencia.

—¡Por favor, no me preguntes más! ¿Puesto que nada puedo decirte y que tu hijo se halla materialmente sano y salvo, no querrás obligarme al engaño ni al equívoco?

—En fin, ¿tú le has visto?, repitió madama Delorme, pues esto la tranquilizaba más que todo lo restante.

—¡Le he visto!

La pobre señora suspiró, concibiendo que su hermano no diría nada más. Por otra parte, la entrada de Luciana vino á distraerlos. Menos inquieta que su madre, pues, con el optimismo de su edad, no había hecho más que imaginar débilmente una desgracia, Luciana mostraba facciones reposadas por el sueño. Sin embargo, había mucha animación en sus ojos, y su boca revelaba impaciencia.

—¿Enrique se retiró tarde?, preguntó.

—Ni tarde ni temprano, contestó vivamente Prouvaire, ó al menos no le hablé más que un instante; pero, te lo suplico, muchacha, no me preguntes.

No le costó trabajo obedecer. Para ella, desde el momento que su tío había hablado con Enrique, todo estaba bien. De carácter resuelto, no detestaba un poco de misterio.

Miguel se desayunó de prisa con una taza de café y algunos bizcochos. Luego dijo á su sobrina:

—Te necesito.

Y se la llevó al laboratorio. Una vez allí, la joven preguntó:

—¿Hay noticias, tío Miguel?

Volvió el rostro brillante hacia el hotel de madama Lussac; toda la exaltación de la víspera se renovaba en su mirada. Miguel la contemplaba con indulgente admiración.

—No. La investigación está á poca diferencia en el punto en que la dejamos... No se tiene ninguna indicación precisa. Hija mía, vas á ayudarme á esclarecer una hipótesis: si se verifica, quizá estaremos sobre una pista.

—¿Qué hay que hacer?, dijo ella con los ojos centelleantes de ardor.

—¡Eres de pura raza!, exclamó él. ¡Manojito de nervios! ¿No has dicho alguna vez que tu amiga Paulina es una persona muy resuelta?

—¡Oh, muy resuelta tío!

—¿Y que no detesta las aventuras?

—¡Las adora!

—¿Tiene todavía su automóvil?

—Sí.

—¿Y da regularmente su paseo matutino?

—El auto es delicioso sobre todo por la mañana.

—Sin embargo, no sale al amanecer.

—Sale á eso de las nueve.

—Perfectamente. Pues bien, vas á ir en busca de tu amiguita y le dirás si quiere venir á llevarse á tu tío Miguel, en la esquina de la calle de Montparnasse y la de Nuestra Señora de los Campos, á las diez y cinco minutos en punto. ¿Crees que querrá?

—Con entusiasmo.

—¿Su aya no pondrá obstáculos?

—¡Pobre mujer! No se atrevería á levantar un dedo. ¿No sabes que Paulina es ama absoluta de la casa?

—Por el momento, me alegro. Entonces, á las diez y cinco en punto. Habrá que recogerme con la velocidad del rayo... El tiempo matutino de parar un instante y volver á partir. Es una condición *sine qua non*. Yo estaré en la esquina del lado de la calle de Rennes.

—¡Oh!, dijo Luciana con entusiasmo; cuanto más condiciones haya, más se alegrará Paulina.

Prouvaire sacó su reloj.

—La justicia, murmuró para sí, no «bajará» antes de las nueve, hora burguesa. Además, no es probable que me convoquen en el hotel, y en todo caso, no sería en seguida.

Volvióse bruscamente hacia Luciana, y poniéndole una mano en el hombro, le dijo:

—Escucha, hija mía, vale más que lo sepas todo. Enrique fué preso anoche.

Ella se puso muy pálida; pero luego creyó haber comprendido mal, y fijó trastornadamente sus ojos en los de su tío.

(Se continuará.)

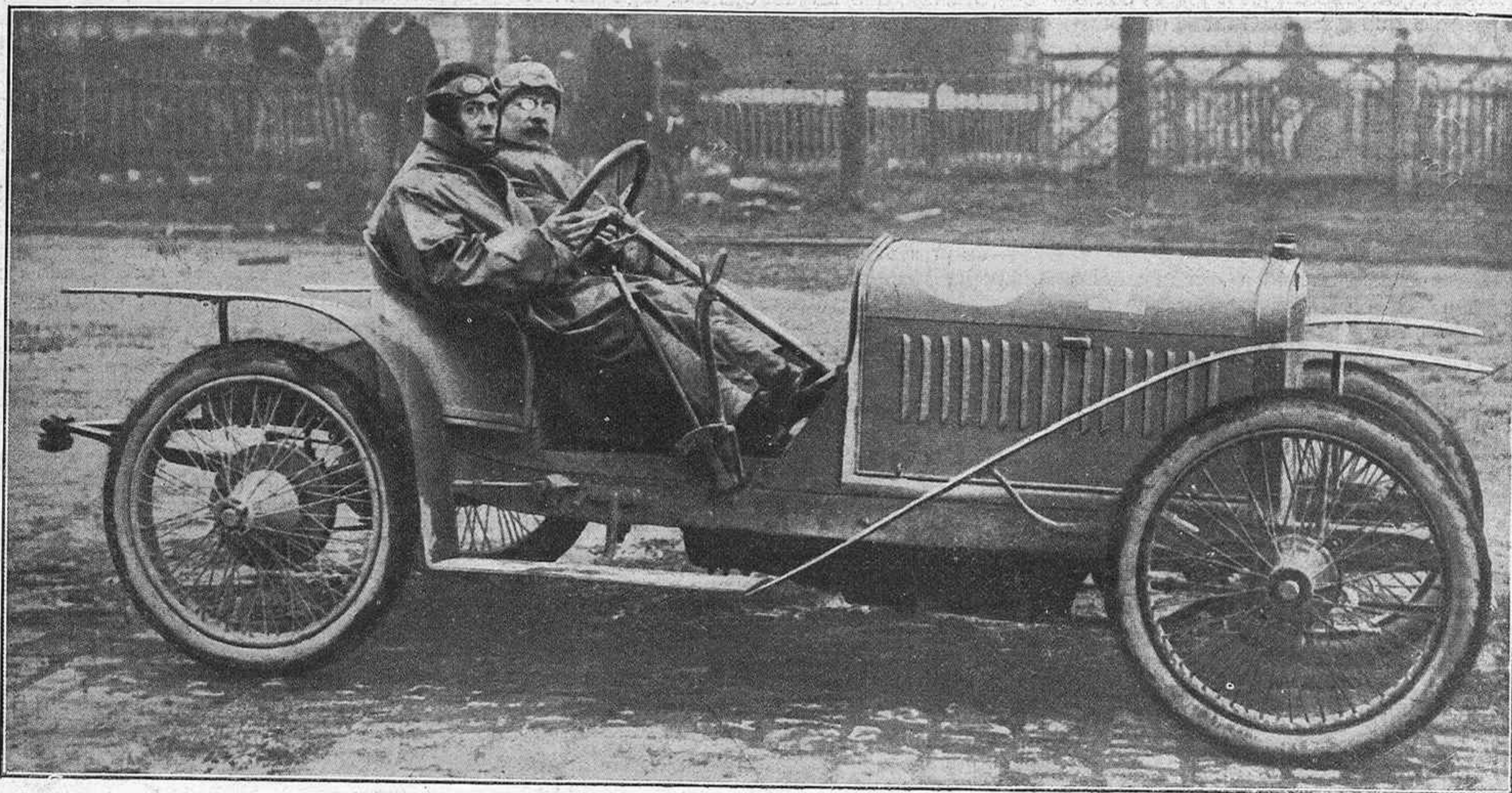
LA HISPANO-SUIZA EN LA CUESTA

GRUA, EN UN HISPANO-SUIZA DE 80×150, ES CLASIFICADO EL PRIMERO EN RENDIMIENTO DE LOS MOTORES DE SERIE

La carrera de Gaillón, que se ha disputado recientemente por duodécima vez, ha tenido mayor importancia que en los años anteriores por el número y

tre manos un coche exactamente igual al de Grua, que estaba ensayando antes de entregarlo, y se aprovechaba del mitin de Gaillón para hacer algunas

feur consumado, ha podido frecuentemente convenirse por sí mismo del valor de ese vehículo de primer orden que conduce desde hace algunos años.



Grua, vencedor de la quinta categoría

Con su tipo rigurosamente de serie, la Hispano-Suiza ha efectuado una admirable proeza, subiendo los 1.000 metros de cuesta en 41 segundos $\frac{4}{5}$, ó sea á cerca de 80 kilómetros por hora, con 15 caballos

sobre todo por la calidad de las marcas extranjeras que en ella han tomado parte. Además, hay que reconocer que la innovación introducida en la fórmula de clasificación en cuanto al rendimiento por el ilustre ingeniero Faroux, el técnico enamorado de las cosas exactas, ha dado á esta carrera de Gaillón un nuevo interés que es seguro conservará por mucho tiempo.

En esta clasificación por el rendimiento el primer puesto ha sido ganado, en empeñada lucha, por Grua, quien, en su coche Hispano-Suiza, ha escalado la cuesta de Santa Bárbara en 41 segundos $\frac{4}{5}$, y batido no sólo los tiempos de los vehículos correspondientes á su categoría, sino también los de las categorías superiores.

Es interesante saber que el coche Hispano-Suiza, conducido por el excelente deportista, pero no profesional del volante, Grua, había sido encargado por él y le había sido entregado tres días antes de la carrera. Grua había apremiado á la fábrica de la calle de Cavé, de Levallois, á fin de que la entrega se hiciera en tiempo oportuno para ensayar el coche en la cuesta de Gaillón; y sin esos apremios es seguro que el vehículo salido de las manos del ingeniero Birkigt, podía haber ganado aún ocho ó diez kilómetros por hora.

Esta victoria de la mejor ley, conseguida por un motor de serie, ha debido satisfacer al inteligente comprador.

El motor de 80×150 es el del tipo de 15 caballos Alfonso XIII, que es el que entrega corrientemente la Hispano-Suiza, y está garantizado á un rendimiento de más de 120 kilómetros por hora en llano.

La victoria del aficionado Grua ha sido atribuida equivocadamente al excelente conductor Pilleverdier, error disculpable porque Pilleverdier tenía en-

pruebas por la mañana en la cuesta. Este coche remontó la pendiente con una velocidad tal, que se creyó que era el mismo que disputaba la prueba de la tarde. Pero lo más curioso fué todavía el ensayo hecho por Pilleverdier, que subió la cuesta de 11 por 100 haciendo girar su motor á la marcha muy lenta de 200 vueltas por minuto engranado con la toma directa, ascendiendo de este modo sin desfallecimiento allí donde cualquier otro motor habría fallado irremisiblemente. Esta es una nueva prueba de flexibilidad que hay que añadir á las muchas que los Hispano-Suiza nos han dado, desde hace mucho tiempo, de su resistencia y de su vigor. Y si alguna más se necesitase, bastaría saber que un torpedo de cuatro asientos entregado al agente de la marca Hispano-Suiza de San Petersburgo acaba de ganar la primera etapa de la carrera San Petersburgo-Sebas-

En las tortuosas carreteras del Norte de España y del Mediodía de Francia, de pendientes á menudo rápidas y de cuestas rudas y escarpadas, el coche regio ha realizado siempre proezas admirables.

Era, pues, natural que en Gaillón el triunfo recompensase á los Hispano-Suiza, acostumbrados á las pruebas más duras y que con frecuencia han efectuado etapas más difíciles en montañas.—V. L.

BARCELONA

INAUGURACIÓN DE UNA CANTINA ESCOLAR

Hace pocos días se inauguró solemnemente una cantina escolar instalada por cuenta del Municipio, habiendo presidido el acto la señora Vigneaux de Corominas, fundadora y directora general de la meritisima institución de las cantinas escolares, y asistido á él el alcalde, algunos concejales, representantes de la Junta municipal de primera enseñanza y buen número de maestros.

La señora Gonzalo Morón, directora de la cantina que se inauguraba, pronunció un elocuente discurso agradeciendo al Ayuntamiento la protección que dispensa á la institución, enumerando las ventajas de ésta y encomiando la iniciativa de la señora de Corominas,

Los señores Mir y Miró y marqués de Marianao dedicaron grandes alabanzas á las cantinas y á sus iniciadoras y ofrecieron el apoyo del Municipio para su mayor desarrollo y prosperidad.

Terminó el acto con sentidas palabras de la señora de Corominas.

Después los concurrentes al acto visitaron el comedor, en donde se sirvió una comida á los niños.

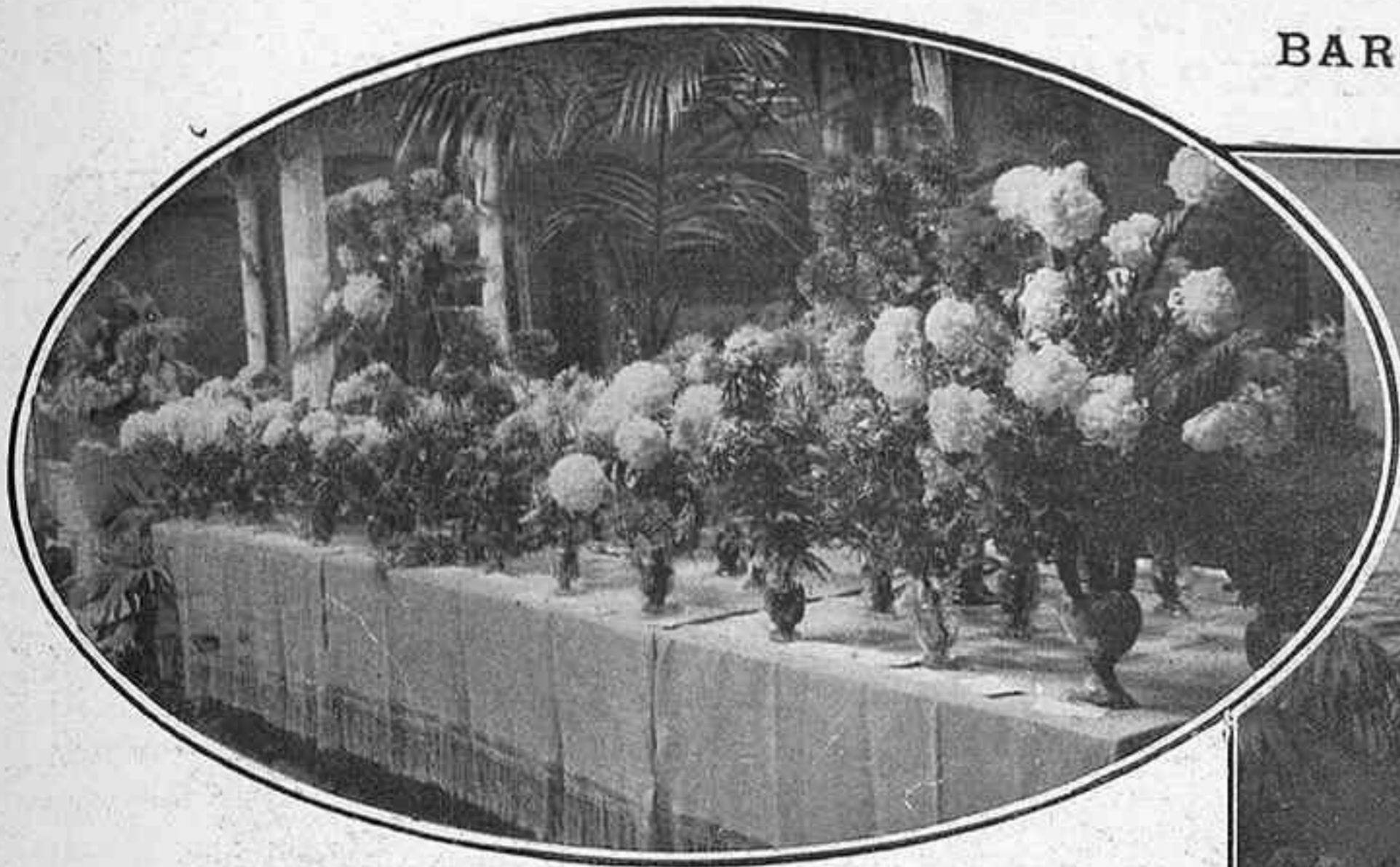


Barcelona.—Inauguración de una cantina escolar instalada por cuenta del Ayuntamiento

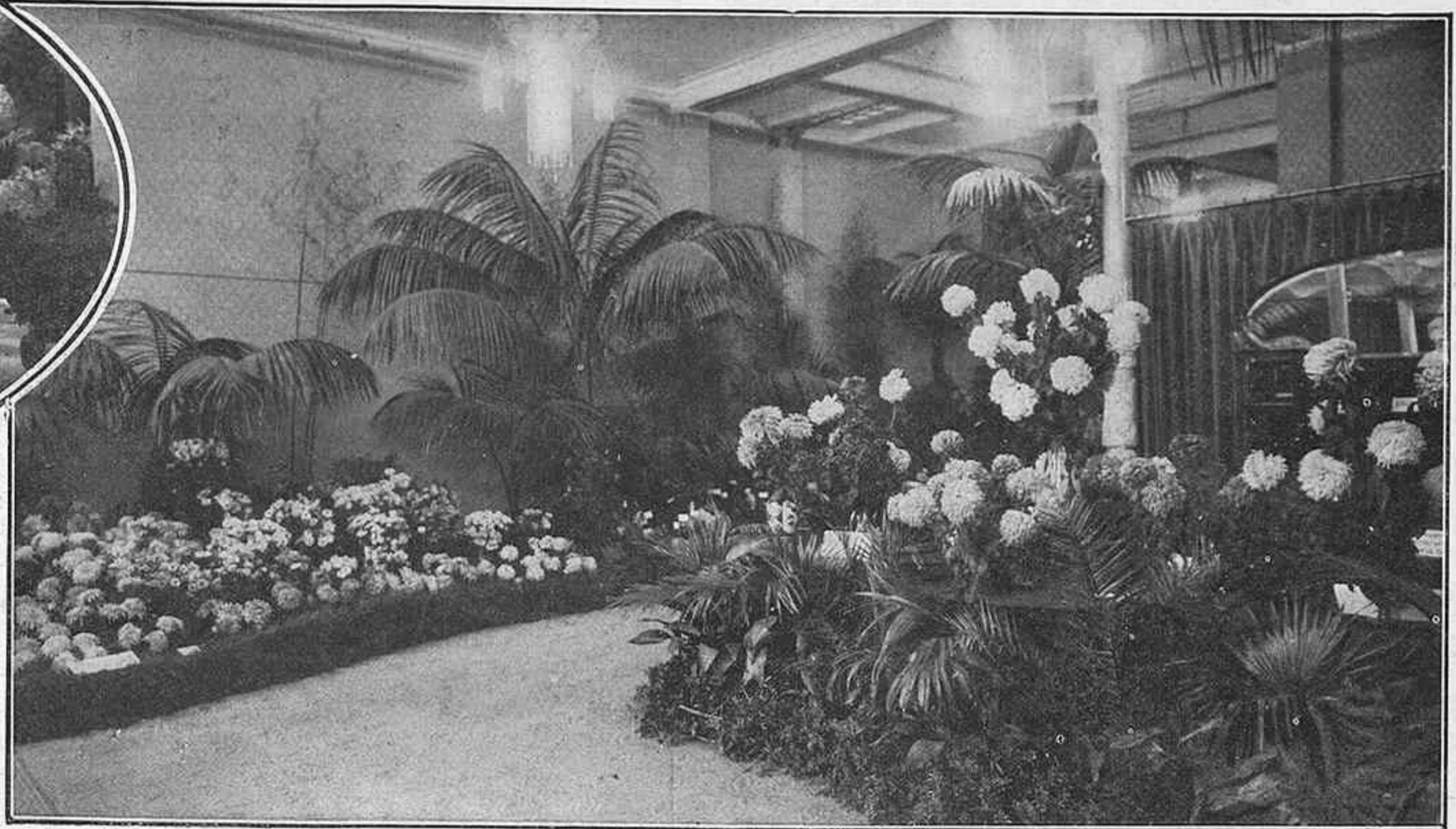
(D: fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

topol, disputada en las carreteras de Rusia. Bueno es recordar asimismo que S. M. el rey D. Alfonso XIII es, desde hace mucho tiempo, un cliente fiel de la Hispano-Suiza y que dicho monarca, que es un *chauf-*

BARCELONA.—EXPOSICIÓN DE CRISANTEMOS EN LOS SALONES DE LA CASA REIG



Instalación de flores cortadas



Parterres. (De fotografías de nuestro reportero A. Merletti.)

En los espaciosos salones de la Casa Reig se ha celebrado recientemente la tercera exposición de crisantemos organizada por la Sociedad Catalana de Horticultura.

La exposición era espléndida é interesante, así por el número, la variedad y la belleza de las flores, como por el buen gusto con que estaban instaladas. Figuraban en ella más de cuatrocientas variedades de crisantemos, artísticamente dispuestas en mesas y en parterres, de ellas más de doscientas nuevas en Barcelona y muchas obtenidas por cuidadosas selecciones, hibridaciones y cruzamientos.

El Jurado concedió los siguientes premios:

Primeros premios de flores cortadas, á D. Rafael Piera y á la Srta. Doña Inés Gallart, segundos premios, á D. Vicente Llanés y á D. Joaquín Estapé; terceros premios, á D. Ginés Girbau y á D. Juan Laederich.

Primeros premios de cultivo en maceta, á D. Joaquín Estapé y á D. Francisco Climent. Además se otorgó un premio extraordinario á D. Rafael Piera por cultivar en plena tierra á la manera del Japón.

Fuera de concurso presentó una magnífica instalación D. Domingo Pardiras. Al acto inaugural asistieron las autoridades, representantes de la prensa y gran número de aficionados. La exposición ha sido visitadísima, habiendo acudido á admirarla las más conocidas familias de la sociedad elegante barcelonesa.



ZEISS
GEMELOS
PARA VIAJE,
DEPORTE Y CAZA
PÍDASE EL PROSPECTO «T. 224»
De venta en todos los Establecimientos
de Optica, y por
CARL ZEISS, Jena, ALEMANIA
Berlín - Francoforte s/M. - Hamburgo
Londres - París - San Petersburgo - Viena.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.



VINO y JARABE
DE
DUSART
al Lactofosfato de Cal

EL JARABE DE DUSART se prescribe á las nodrizas durante la lactancia, á los niños para fortalecerlos y desarrollarlos, así como EL VINO DE DUSART se receta en la Anémia, colores pálidos de las jóvenes, y á las madres durante el embarazo.

PARIS, 8, rue Vivienne y en todas las Farmacias.



CITRATO EFERVESCENTE
"KING"
LA PRIMERA MAGNESIA DEL MUNDO
SU VENTA EN ESPAÑA PASA DE 300000 FRASCOS ANUALES
ESTE ES EL MEJOR ARGUMENTO
Agente exclusivo: EDUARDO SOLA - Trafalgar 13 - Barcelona



URANIA
INCOMPARABLE
ÚLTIMO MODELO
750 ptas.

La más sólida, visible y perfeccionada.
Agente General para España
JUAN ROVIRA - CORTES, 619, BAJOS
BARCELONA

HISTORIA GENERAL de FRANCIA
ESCRITA PARCIALMENTE
POR REPUTADOS PROFESORES FRANCESES

Edición profusamente ilustrada con reproducciones de códices, mapas, grabados y facsímiles de manuscritos importantes, á 50 céntimos cuaderno de 32 páginas

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

ANEMIA DEBILIDAD
Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
El mas activo y economico, el unico inalterable.— Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, Paris.

MADRID.—VI CONGRESO NACIONAL ODONTOLÓGICO



Primera sesión del Congreso

Recientemente se ha celebrado en Madrid el VI Congreso Nacional Odontológico, al que han concurrido multitud de renombrados profesores españoles y buen número de extranjeros, y en el cual se han discutido interesantísimos temas relacionados con la higiene, la medicina y la cirugía dentales.

Los congresistas han sido agasajados con varias fiestas, entre ellas con un banquete y una excursión al Escorial.

Al mismo tiempo que el Congreso se ha celebrado una notable exposición odontológica que constaba de dos secciones, una científica y otra industrial.

La sesión inaugural del Congreso se efectuó el día 30 del próximo pasado octubre en el Palacio de Exposiciones que el Círculo de Bellas Artes tiene en el Retiro y fué presidida por S. M. el rey, á quien recibieron, á su llegada al edificio, el ministro de Instrucción Pública Sr. Gimeno, el gobernador civil, el alcalde y los individuos de la Junta de la Federación odontológica, con su presidente D. Florestán Aguilar.

Abierta la sesión por el ministro, el secretario del Congreso Sr. López Alonso leyó una memoria dando cuenta de los éxitos obtenidos por la Federación, tributando un homenaje al rey, dando la bienvenida á los congresistas nacionales y extranjeros, elogiando á la Facultad de Madrid y dedicando un aplauso á los industriales que concurrieron á la exposición.

El presidente Sr. Aguilar dió lectura de un elocuente discurso en el que, después de salu-



En El Escorial.—Los congresistas á la puerta del monasterio. (Fotografías de Ascenjo y Salazar.)

dar con entusiasmo al soberano y de agradecerle que honrara con su presencia al Congreso, expresó su gratitud á la reina Doña María Cristina, á quien se debe la creación del primer centro de enseñanza de odontólogos, cuyo material científico costó, expuso los importantes temas que en el Congreso habían de discutirse y terminó elogiando al ministro y diciendo que el Congreso se distinguía por su amor á la ciencia y su culto á los hombres.

Pronunciaron también entusiastas discursos el alcalde y el ministro de Instrucción Pública y terminado el acto S. M. visitó detenidamente las instalaciones de la Exposición dental, siendo aclamado con entusiasmo por los congresistas.

QUEBRADO DURANTE 16 AÑOS

Maravillosa Cura de un Bien Conocido Vecino de Santander, Certificada por un Médico

Es una dicha el saber que hay una cura para la quebradura. Mucha gente contiene que sólo un cirujano con cuchillo y aguja puede volver á unir el lugar roto.



Sr. D. DEMETRIO LAGUNILLA

Pero la experiencia del Sr. D. Demetrio Lagunilla, Talleres de S. Martín, Santander, destruye completamente esta teoría. Hay un especialista en Londres que ha descubierto un maravilloso Método de tratamiento, que no sólo retiene toda clase de quebraduras sino que también hace que los músculos se unan. El Sr. Lagunilla supo esto é hizo la prueba y el resultado fué maravilloso.

Aunque de 60 años de edad y con una quebradura muy mala, el Sr. Lagunilla empezó en seguida la cura, y se curó perfectamente en un plazo notablemente corto. Hoy está bueno y alegre y completamente libre de la traza más ligera de su quebradura.

Doctor Leoncio Santos Ruano, Médico de Beneficencia y Forense, Certifica: Que Don Demetrio Lagunilla sufrió por muchos años de una quebradura crural en el lado derecho por la cual ha tenido que usar diferentes braqueros, pero convencido que él no podría curarse de este modo usó el aparato del Doctor W. S. Rice y el Desarrollante Lymphol, y por dicho tratamiento está ahora completamente curado no quedando la más ligera molestia, y así puede dedicarse á sus ocupaciones diarias.

A petición del interesado expido el presente certificado en Santander el 21 de Julio de 1911. (firma) Dr. S. Ruano.

El Sr. Lagunilla recomienda naturalmente este Método y su cura fué de gran interés entre sus amigos, muchos de los cuales estaban quebrados y que ahora también están en camino de una cura.

El Método es el descubrimiento del Doctor W. S. Rice, uno de los más conocidos especialistas del Mundo. Recientemente publicó un libro ilustrado acerca de la quebradura el cual enviará gratuitamente á todo el que lo solicite y con objeto de quitar de la mente del público el que la quebradura no puede curarse. Lo bueno de este método es la ausencia de todo dolor, inmunidad de peligro, no se necesita operación y no hay pérdida de tiempo en el trabajo diario. Es un método que bien merece su investigación. Escriba en seguida — hoy mismo — por el libro gratuito que explica claramente el método de cura y que es de inmenso valor á todos los quebrados ó que tienen amigos quebrados.

Dirección: Dr. W. S. RICE, S. 690. 8 & 9, Stonecutter Street, Londres, E. C., Inglaterra.

PÍDASE

PROSPECTO J. A.

ZEITZ

GEMELOS PRISMÁTICOS
PARA
EJÉRCITO Y MARINA
VIAJE Y SPORT,
TEATRO Y CAZA.

SE VENDEN EN TODOS LOS ESTABLECIMIENTOS DE OPTICA Y POR

E. Leitz, Wetzlar (Alemania)

AVISO Á LAS SEÑORAS

EL ANIOL 35 105 RES

JORET-HOMOLLE

CURA
LOS DOLORES, REÍARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

F^{ca} G. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165

Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Paris

— LAIT ANTÉPÉLIQUE —

PUREZA DEL CUTIS

LA LECHE ANTEFÉLICA

ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y terso

Paris

DICCIONARIO

de las lenguas española y francesa

por NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA

Cuatro tomos encuadernados: 55 pesetas

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVORE, DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN